

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1860. — TOMO XVI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 19. — N° 411.

Administracion general, passage Saulnier, núm 4, en Paris.

SUMARIO.

La votacion de Nápoles y la Sicilia; grabado. — Leyendas de un alma triste. — Restauracion del templo de los Comendadores de Calatrava en Madrid; grabados. — Jubileo de la universidad de Berlin; grabados. — Revista de Paris. — Poesia. — Punto en boca. — La niña enferma. — El céfiro y el arroyo. — A mi padre. — Viaje del principe Alejandro Juan á Constantinopla; grabados. — Una historia inglesa. — Las nuevas excavaciones de Ostia; grabados. — Habitantes de Nápoles dirigiéndose á votar; grabado. — Entrega de una bandera al regimiento francés, núm. 103; grabado. — Doria. — Un baile. — Revista de tropas en Longchamp; grabado.

La votacion de Nápoles y la Sicilia.

En Nápoles lo mismo que en Sicilia la votacion anexionista ha tenido lugar, y el sufragio universal casi por unanimidad se ha declarado por Victor Manuel. Si los hombres de Estado que se hallan á la cabeza del movimiento napolitano no fuesen tan inexpertos en la aplicacion del sufragio universal, se les podrian dirigir ciertas reconvencciones. Una carta de Nápoles que tenemos á la vista escrita por un testigo ocular trae algunos detalles sobre el modo de votacion.

En un estrado alto habia cinco personas delegadas por la municipalidad para presidir ese acto patriótico. Un poco mas abajo habia una mesa sobre la cual se alzaba una caja que parecia el féretro de un niño, y á los dos lados estaban dos urnas sobre las cuales habian

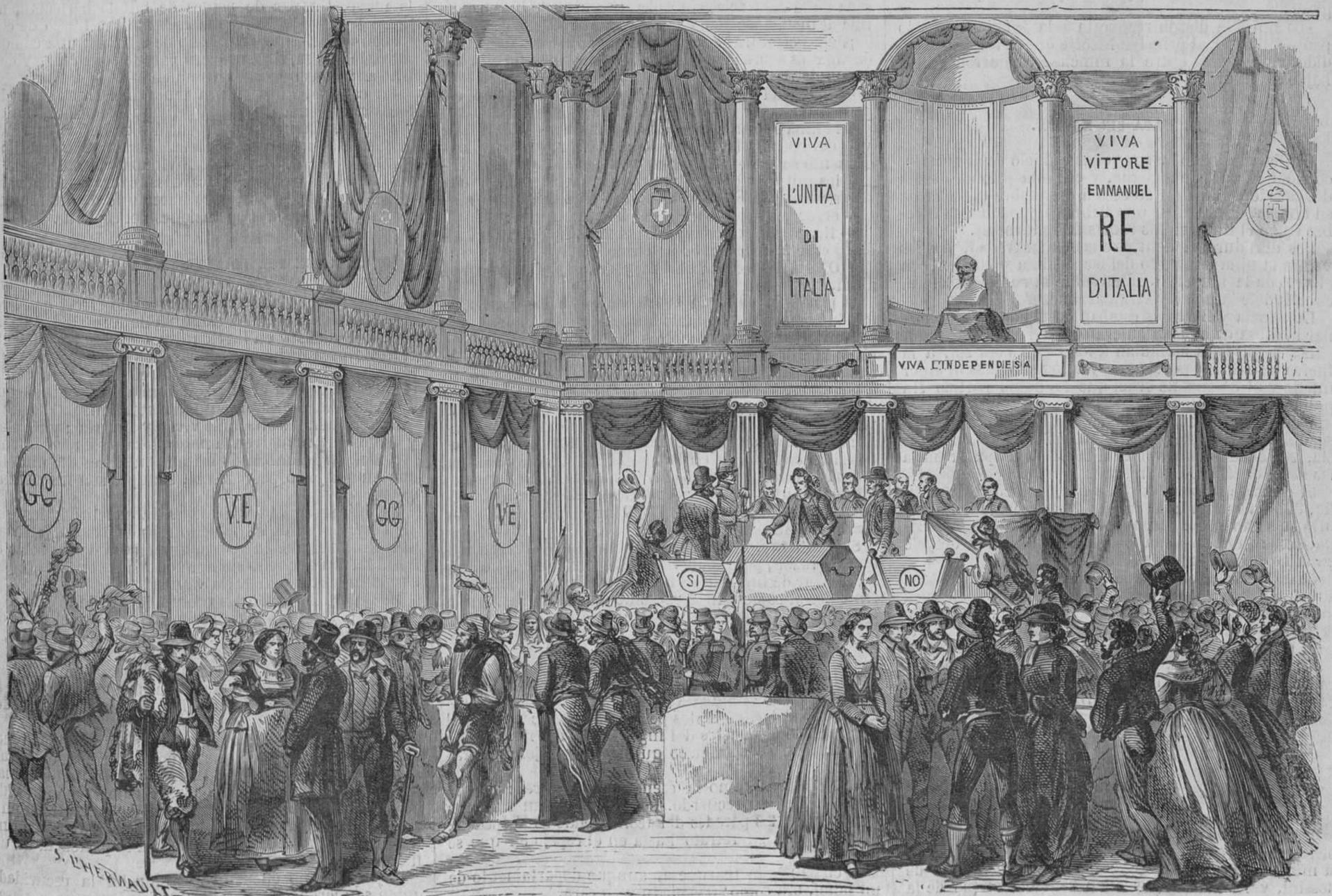
grabado en letras mayúsculas un *si* y un *no*. Para votar se pasaba por delante de una de estas urnas, se tomaba en ella un boletin y se metia por una abertura en la caja de enmedio. Fácil es comprender que necesitaba tener cierto valor el que queria tomar un boletin negativo en medio de los gritos y de las injurias del populacho.

En Monte Calvario un oficial del ejército real dijo á los miembros de la mesa que queria por rey á Francisco II.

— Pues tome Vd. un *no*, le respondieron.

Tomó en efecto el boletin; pero al mismo tiempo sacó de su bolsillo un revolver para hacerse respetar por algunos hombres que le dirigian miradas atravesadas.

Este modo de proceder ha sido muy torpe. Se sabia que la inmensa mayoría de los votos estaba por la ane-



VOTACION PARA LA ANEXION EN LA SALA DE LA UNIVERSIDAD DE NAPOLES.

xion y por Victor Manuel, y todo ese espectáculo de urnas con el sí y el no era no solamente ilegal, sino absurdo. Así se asegura que ciertos funcionarios elevados, como ministros, el prefecto de policía, etc., han deplorado esta manera de operar el escrutinio.

La votación favorable a la Italia una é indivisible con Victor Manuel, rey constitucional y sus legítimos descendientes en las provincias napolitanas, ha dado 1.302,064 votos en pro y 10,312 en contra; y en las provincias sicilianas 432,032 votos por la anexión contra 667.

LEYENDAS DE UN ALMA TRISTE.

(Continuación.)

Pasó junio y julio, y al principiar agosto de 1839, una mañana, al llegar á la orilla del mar con sus ojos cansados de esperar llorando, vió frente de la cabina sentado al príncipe Nicolás: la niña iba á arrojarle á sus brazos; pero sus amores eran un secreto, y la virgen, al pasar delante de aquel hombre, se quedó hecha un pedazo de hielo: el príncipe la miró con tristeza; en el brillo de sus ojos, ni había la profunda ternura de Ottilia, ni aquel inmenso dolor que dice á gritos en medio de su silencio: — El corazón lo tengo hecho pedazos de pesadumbre.

La niña se sentó al pié de la cabina á desdoblar las ropas; pero su espíritu desdoblaba al mismo tiempo el manto de su desgracia, sonriendo después de tantos meses, fijos los ojos en los movimientos de aquel hombre á quien le preguntaban los ojos con el silencioso interés arrebatado del alma enamorada, la causa de tantos días y tantas horas de alejamiento.

Las miradas del príncipe no respondían nada, revelando en ellas una inquietud cruel.

El placer de haber visto aquel hombre, suspiro de la pobre niña, se convirtió con la rapidez del relámpago en desazon y angustia.

Del fondo del establecimiento se adelantaron dos niños y una dama pálida y enfermiza; y cuando llegaron á la terraza, los niños corrieron á escape al cuello del príncipe llamándole padre, y la dama se sentó á su lado tendiendo sus ojos indiferentes sobre las ondas.

Ottilia desde la puerta de su cabina oyó aturdida aquellas dos criaturas, y se sentó para no caer en tierra desmayada...

— ¡Dios mío, me vuelvo loca!... exclamó adelantándose hasta llegar á tocar con las manos al príncipe que estaba pálido como la muerte...

— ¿Esos son tus hijos? ¿Esa es tu mujer?... le dijo como tiembla la hoja del árbol sacudida por el viento.

La princesa Zeneida apenas reparó en aquella desgraciada.

Los niños le dieron respuesta á la infeliz llamando padre sin cesar al príncipe Nicolás que se levantó aturdido, perdiéndose entre la inmensa concurrencia que bajaba á las orillas del mar.

SE MATA SIN HERIDA.

Ottilia, sintiendo en sus venas el hielo de la muerte, corrió á la calle de Sigogne, y como la paloma herida del cazador, entró en su casa á caer sobre el lecho de su abuela, devorada de una fiebre que sacudía su cerebro como el huracán las ramas de los árboles.

Dos días duró el delirio, cinco la gravedad, y á los veinte la niña se levantó del lecho, flaca y abatida, con el velo de la muerte tendido sobre la rubia cabellera, enlutándole la noble y virginal cabeza.

La abuela y Hércules estaban desesperados, sin atinar la causa de aquella enfermedad terrible.

Los médicos la atribuían á los rigores del sol, á la fuerza de las aguas del mar y á todo, menos al amor infeliz y al desengaño cruel que le había partido sin piedad el alma.

Y como que solo Dios manda la muerte, la infeliz no sucumbió del golpe, y lastimada del rayo de la desgracia, se levantó para volver á la playa á apurar hasta las heces el cáliz de la amargura.

El príncipe Nicolás, durante la enfermedad de Ottilia, dobló la cabeza; la palidez del remordimiento cubrió su semblante: y si antes lo ahogaba la melancolía, desde entonces el grito de su conciencia lo desveló en la noche intranquilizándolo sin cesar.

Cuando Ottilia volvió á la orilla del mar, allí estaba aquel hombre: había en su abatimiento y postración algo bárbaro y sublime, que llegó al alma de aquella criatura que se había levantado del lecho de la muerte para pesar sobre aquel malvado con todo su desprecio.

El príncipe Nicolás la miró pasar como el viejo pecador, temblando de miedo, verá el día del juicio la cara resplandeciente del Señor Dios de las edades.

EL ALMA ENAMORADA NO ES DEL CUERPO QUE LA ENCIERRA.

Una noche de agosto, la luna era muy clara y rielaba sobre los mares; las velitas de los barcos pescadores aparecían en el horizonte como alas de palomas: la brisa era suave y el rumor de las ondas melancólico, y la música del establecimiento tocaba el *Stabat Mater* de Rossini, y los bañantes estaban sentados al pié de la glorieta, donde ejecutaba la orquesta trozos lindísimos;

frente de la casilla de Ottilia meditaba un hombre, y de sus ojos rodaban dos lágrimas.

— Tú lloras, le dijo una mujer afligida que llegó á su espalda.

— Si, Ottilia, le respondió aquel desesperado, que era el príncipe Nicolás; lloro, porque tengo un peso insoportable en el alma; hace muchos meses que no debo seguir el camino de la vida; por todas partes abismos, y para salvarlos no hay mas salida que la maldad, el crimen ó la muerte.

— Nicolás, tú me has roto las alas del corazón, y me has hecho infeliz: ¿qué te había hecho yo para una venganza tan grande?

— Es verdad, ¡pobre niña! te he engañado pérfidamente: pero escúchame y ten compasión de mí.

Cuando levanté los ojos y te vi á la puerta de tu cabina, desde este mismo lugar, era muy desgraciado, y á cada hora maldecía mi destino. No sé qué vi en tu frente; no sé qué en tus ojos cándidos: no sé qué en tus suaves sonrisas; no sé qué en las perlas de tu boca. Dios mío, dije en mi interior, esta es la esperanza de mi vida; esta la estrella que viene á alumbrar la noche de mi desgracia, y máquinamente te seguí. Después tú sabes si te ha amado mi corazón; si ha sido puro el amor que te he tenido; el amor inmenso que llena mi alma y que me consume. Sobre mi corazón has recostado horas enteras la cabeza, y yo, llenos los ojos de lágrimas, te he bendecido, y temblaba respirar tu aliento, temiendo empañar la pureza de tus blancos pensamientos con mi maligno espíritu; tú has sido faro en la tempestad de mi pena; por tí he vuelto á tener fe; he creído en Dios; y en mi odio por la humanidad, tú has refrenado mi venganza; y si aun vivo, despreciando esta miserable existencia, es por la esperanza de verte, por la esperanza de bendecirte, por la esperanza de que tus ruegos salven mi alma de la condenación eterna.

¿Es mi culpa, que cuando tocaste con tus ojos las alas de mi corazón, tuviera mujer, tuviera hijos, tantas manchas en mi historia y tantas gotas de hiel en el vaso de la vida?

¿Es mi culpa que no pueda romper esta cadena fatal, que debe arrastrarme al infierno? ¿Puedo deshacerla con la muerte? ¿Y te veré luego? ¿Y podré unirte á mí, cuando la tierra iguale mi esqueleto á los infinitos que siembra la muerte por la órbita del mundo? ¡Ottilia, Ottilia! es verdad que soy un perverso; sí, un perverso muy desgraciado, que ni aun puedo buscar el consuelo en el arrepentimiento.

La hija de Hércules oía á aquel hombre con la dignidad del dolor y con la profunda mirada de la justicia y de la caridad.

Su alma era el alma de la mujer de pocos años, enamorada y enferma, y se echó con el cuerpo en los brazos de aquel hombre, llorando como la infeliz que cansada de la desgracia, sin esperanza ni fe en Dios, se arroja al mar, buscando en la muerte la felicidad.

¡Pobre criatura! aquel hombre le puso sus descarnadas manos sobre la cabeza, y bendiciéndola, le dijo con profunda tristeza:

— Huye del príncipe Nicolás, Ottilia; á su lado te espera el deshonor y la muerte. Huye, pobre niña...

Y la niña se abrazó á su cuello deshecha en lágrimas; y aquel hombre levantó los ojos al cielo, y á su entendimiento se vino el recuerdo de su mujer y de sus hijos, los mil tormentos de su horrible existencia, y entre la oscuridad creyó ver un gran lago de sangre, sintió terror y le volvió á repetir solemnemente:

— Huye, pobre Ottilia, del príncipe Nicolás; á su lado te espera el deshonor y la muerte.

Y Ottilia inclinó la cabeza y se alejó herida en el alma.

El príncipe, apoyada la cabeza entre las manos, se quedó tristemente llorando á las orillas del mar.

Para el hombre á quien los desengaños y la desgracia y la falta de fe han hecho duro y cruel, ¿qué le importan la oscuridad del cielo, el frío, el agua que cae á torrentes, la fiebre, la pobreza, el deshonor y el odio de las gentes?... ¿Qué le importa en el mundo?... ¡Nada! Esas fases grandes de la naturaleza y esas ilusiones maravillosas entretienen las almas nuevas; los espíritus envejecidos en la adversidad viven como las plantas parásitas, que no necesitan tierra ni alimento y que se nutren del aire mefítico, agarradas á las ramas secas de los árboles, que el rayo ó las tormentas han desgajado.

Sin embargo, el príncipe Nicolás aun tenía lágrimas en el corazón, pero eran venenosas y irias como el hielo, á pesar de brotarle de un alma de fuego, que hervía sin cesar al soplo tempestuoso de las desgracias.

EL BUDUAR DE LA MARQUESA.

El lugar donde vive una criatura es el retrato de su carácter, como el nido de un pájaro el de sus costumbres; en ese testigo de los pensamientos recónditos del corazón, de los vuelos del ingenio, de las farsas de la experiencia, se adivina lo que es una mujer, sin tratarla ni verla.

El talento es como la esencia de las flores: adonde vive siembra su recuerdo. Los tontos dejan su fama prendida en las paredes del techo donde se hospedan; los vanidosos, su retrato hasta en el espejo en que se miran.

El cuarto de la marquesa, aunque departamento de un hotel, era como su espíritu y su cara.

Cuando entró en él, aun se respiraba el vapor de dos

severas damas que de Inglaterra habían venido á pasar un mes á Dieppe. Desde que lo ocupaba la marquesa había perdido su gravedad, para representar el carácter de aquella andaluza singular y diabólica.

En él todo revelaba el desorden de su vanidad; la embriaguez de su amor propio; la osadía de lo falsificado, y sobre todo el espíritu fósil, imbecil y temerario del egoísmo, que es la miseria disfrazada de avaro.

Sobre la mesa del tocador, al lado del espejo, había un frasco de leche de rosas para blanquear el cuello y los hombros: otro de carmin para sonrosar las mejillas: otro de tinta de china para agrandar los ojos, dilatando el negror de las pestañas, de las cejas y la raya del pelo: dos pinceles: una pata de liebre; una bola de pluma de avestruz para extender por la fisonomía el polvo de nacar perla, y para refrescar la figura, una caja de coldcream: dos frascos de esencia de eliotropo y de violeta, para apagar otros olores diversos; unas pinzas para arrancar las cejas: dos cepillos para dientes: una lima para las uñas, dos tijeras y una maquinaria para con polvos sonrosarlas: un topacio con pomada de carmin para los labios: cepillos para la cabeza: peines espesos y de batir el pelo; todo esto en confuso desorden y abandono, y no aseado, sin embargo de pasarse su dueña cuatro horas diarias delante del espejo y de los útiles historiados haciendo probaturas en su fisonomía, y estudiando la comedia de los afectos de tal modo y con tal ahinco, que ningún actor ensayaría mejor las escenas con que por la noche trata de hacer llorar ó reír al público que le admira.

Al lado de aquella mesa revuelta había otra con sombreros chambergos, gorros de madama Laure y de mantillas y capuchones de madama Felicia; vestidos de madama Roger, pañuelos de Cachemira y de la India, y cuantas especies de manufacturas tiene inventado el arte moderno para adornar la figura y el cuerpo de la mujer presumida y rica.

Llenando la mitad del cuarto, estaban colocadas dos jaulas, que en lo antiguo se llamaban miriñaques, pero que la presumida marquesa, á fuerza de exageraciones, había convertido en especies de fortalezas de arcos de acero, con tantas ruedas como una cuba de Burdeos y con puertas como jaulas de pájaros.

Sobre la cómoda había cartas, pedazos de velas, napoleones de oro, frutas, una botella de vino de Jerez: finalmente, aquel cuarto era una mezcla de chico y de grande, de rico y de pobre, de abandono y de lujo, que al espíritu tierno le hacían caer las alas del corazón, y al ligero lo movía á risa ó tal vez á hastío.

¿Qué diferencia entre esta alcoba y el sencillo cuarto de la pobre Ottilia!

Aquella inocente criatura, junto á la humilde y limpia cama, tenía un crucifijo, regalo de su vecino el comerciante de marfil; al pié del crucifijo una cofaina, y en un platito un jabón de Windsor con su tohalla como la nieve. Un par de peines de búfalo perfectamente limpios, un espejito resplandeciente, un frasco de china con estrellas de oro, lleno de violetas, una cómoda armario que servía de ropero para toda la casa, y cuatro banquetas que eran los muebles de la alcoba.

En cambio, la marquesa tenía diez sillas ocupadas todas con vestidos, chales, miriñaques, botines, medias y zapatos, y sobre todo de remedios de botica, que eran lo que en aquella revolución mas espantaban el ánimo.

¿Quién por el cuarto no adivinaba el espíritu de la dueña? Pero dejemos las paredes, cansadas de tantas comedias y soliloquios, para hacer una de las mas difíciles y entretenidas operaciones del espíritu.

UN VIAJE POR EL ALMA DE LA MARQUESA.

Segun pasan los años y van cayendo dieces en el rosario de los siglos, se va cansando la humanidad de las cosas conocidas, y en las extravagancias busca aliciente el gusto para disipar su aburrimiento; y por mas que revuelve, si es verdad que gasta el tiempo, no se disminuye nunca en el corazón humano ese no sé qué inexplicable, de descontento y desconfianza.

Pero con él, las criaturas viven y mueren; y piensan y estudian y revuelven la naturaleza, esperando siempre mejorar, cambiando las antigüedades del mundo, que con mejor ó peor forma, siempre son las mismas cosas.

Pero á pesar de esto, que es la exactitud, los que piensan, hallan en el revuelto mar de las ideas livianas, ilusiones que entretienen y sirven de aliciente al hombre, tan pequeño siempre en todas sus fases, á pesar de su loca y temeraria vanidad.

No quiero nadar en las profundidades de lo creado y de su fin, y dejo la filosofía para viajar por el alma de la marquesa que mas llamaba la atención en Dieppe, y no me atrevería á camino tan difícil, si no hubiera tenido la paciencia de haber contado por un mes consecutivo las veces que el mar recuesta sus ondas en la orilla; así como el médico los latidos del pulso del hombre.

El mar en borrasca ó en calma, siempre hace igual movimiento; de modo que como los médicos observan al enfermo cronómetro en mano, yo he pulsado el mar fijos los ojos en el minuterio, y si he observado la vida de este elemento muerto que tiene de diez á trece pulsaciones por segundo, ¿no he de poder viajar por una materia viva, que he analizado con la paciencia de un filósofo?...

Hay quien no encuentra camino en la oscuridad; quien se pierde en las selvas; marino que para pasar el Océano, necesita brújula; yo para mi viaje no me

hacen falta luz ni guía. Como las golondrinas y las tórtolas saben la senda de Occidente á Oriente por el espacio azul, así viaja yo por un alma conocida.

El camino del alma son los ojos; el del entendimiento las ideas: y como se ve una frente prominente y unos ojos pequeños, sin mas expresion que la ferocidad material, y una nariz aguzada y abierta, falta de órganos respiratorios, y unas megillas indostánicas, y unas espaldas anchas y comunes, así se ve un alma á mejor distancia, con mas acierto y con mas interés; porque el espíritu, por mas inculto y salvaje que sea, siempre encierra algo de admirable; así como el brillo y armonía que hasta los sapos tienen en la piel, á pesar de su deformidad repugnante.

El alma de la marquesa, como conjunto de materialidades, era necesario pesarla materialmente para definirla bien: y como los ojos observadores del espíritu habían paseado tranquilamente por todos sus escondrijos, como que su natural cortedad dejaba sin resguardo sus posiciones, casi como fotografiada estaba á los ojos del príncipe Nicolás.

Hasta en los arenales suelen brotar flores amarillas y violadas, inodoras sí, pero que al menos destruyen la monótona aridez donde crecen; mas en aquella alma nada brotaba; seca como peña, la ennegrecía el egoísmo y la envidia, dándole aliciente la vanidad y el amor propio.

Allí no había instintos de madre, ni de hija, ni de hermana, ni de esposa, ni de amante, ni de amiga; vivía para comer y dormir; sin mas principio ni mas fin, que sostener íntegra la mentira de su hermosura. Aquella alma se disfrazaba, como á los ochenta años lo hacían las meretrices griegas, merced á las pinturas y barnices con que cubrían sus arrugas y la deformidad de las facciones envejecidas por el vicio y la ancianidad.

El mundo no existía para aquella criatura, que durante el día cerraba los ojos temiendo los rayos del sol, y que por la noche sacaba el cuerpo á la calle tan perfectamente disfrazado, que á pesar de acercarse á los treinta y cinco años, engañaba de lejos la ilusión con la parodia de los primeros diez y ocho años de la virginidad.

Pero aquel mayo florido era telon de un teatro muy gastado; y detrás de él estaban disputándose el parecido de su madre seis hijos del color de su cara amarilla, muchas enfermedades incurables, y el mal color de una piel seca donde todo aseo era inútil, porque como fuera imposible disfrazar el aroma del sándalo, era difícil arrancar del cuerpo su clase y naturaleza.

Sin embargo, el alma de aquella maldita tenía tal fuerza de vanidad, que atrás de su telon todo se ocultaba; y un baño de cloruro y las esencias suavísimas de Bitiber la envolvían en un ambiente encantador de violeta; y aquella boca enfermiza y pálida como el aliento del alma, derramaba fresca y sonreía con la juvenil inocencia de la primera edad de la vida; y aquellos ojos, como los de la zorra, chicos y ardientes, sin movimiento, clavados en el hueco de las órbitas, como los de la hiena, sin compasion ni sentimiento, como los de las aves acuáticas, á la luz artificial, bajo la refraccion de la pintura diabólicamente aplicada, tenían un sentimiento infernal de atraccion que disminuía la anchura de los pómulos que los ahogaban, y la prominencia de una frente que se retiraba sobre las sienes como avergonzada de su falta de ingenio, de orden y de armonía.

Y si es verdad que los pelos castaños eran espesos y secos con tal ondulacion que hacían difícil todo peinado, la mano diestra de la marquesa y la vanidad de su soberbia, tenía tanta maña, que con aquellas, mas bien cerdas que cabellera sedosa, hacia combinaciones de tanto efecto, que jamás se prendieron con mas primor las flores de madama Natalia, ni las pederías de Meleiro, ni las cintas de Félix.

Ajustado aquel cuerpo ancho por los corsés de Chossein, y vestida por madama Roger, y calzada por madama Este, el que hubiera visto desnuda á la marquesa, estudiando la alegría, la tristeza, la frialdad y el sentimiento delante de su espejo, desgreñada y sucia, no la hubiera conocido en su deslumbrante atavío.

Pero esa era la gran sabiduría de aquella alma de piedra; su única ciencia: y como arreglaba el exterior de su cuerpo, así preparaba sus suspiros, sus sonrisas, sus miradas, y había tanto talento en su espíritu de imitacion, que falsificaba las ideas, de modo que sin tener ninguna, como los fuegos fatuos engañan en la noche al viajero, ella á la luz artificial y en el estrépito de la concurrencia fascinaba á los que la rodeaban, atraídos por su magia diabólica.

Es verdad que de lo que menos usaba era de ideas y palabras; pero con suspiros, miradas, sonrisas, graves unas veces y otras agradables; indiferencia, interés y abatimiento, su mimica nocturna, sus ropas, un gran nombre y muchas riquezas avariciosamente guardadas, y buenas perlas y diamantes, la marquesa de Canimar arrastraba á su alrededor una cohorte de adoradores inocentes y primerizos, que en aquel cielo pintado veían todas las estrellas de su firmamento.

Pero esas estrellas, esperanzas de juveniles almas, vistas de cerca y conocidas luego, eran manchas negrísimas que espantaban como á los gorriones las trampas de los muchachos.

De modo que, á semejanza del cuerpo, estaba pintada y vestida el alma.

En ella vivía suprimida toda idea elevada, y de vulgaridades, de vanidad y egoísmo se nutría aquella aristocrática señora.

QUÉ RELACION TENIA EL PRINCIPE CON LA MARQUESA.

Esta alma fria, navegando en su cuerpo, eterna carena de enfermedades ocultas, encontró al príncipe Nicolás en uno de los grandes bailes de la corte de Austria en el invierno de 1853, y desde entonces el príncipe firmó su recibo al diablo, y segun creencia de un viejo alemán, no fué el alma y el cuerpo de la mujer lo que le hechizaron, sino unas perlas negras que llevaba al cuello, embrujadas por una gitana del barrio de Triana.

Pero desde aquella noche, el príncipe, que era un hombre infeliz, cansado de todo y hastiado de su suerte y de la vida, concibió una inmensa pasion que enfrió su amor de esposo, alojó su cariño de padre, sus brios de hombre pensador, y que apagó en su corazon todas las ambiciones, creando ardiente espíritu para llorar sus penas y consolarse con su misma tristeza.

Por seis años, el alma disfrazada de aquella diabólica mujer había dispuesto de la suerte y libertad del príncipe: bárbaro había sido el poderío, y tanto, que aquel hombre dejó de tener voluntad; lo cercaron precipicios inmensos, y ciego de pasion cayó en ellos, y rodó hasta el profundo: y de los ojos de aquella mujer diabólica que sonreía desde el borde, viéndolo estrellarse en el fondo del abismo, sin sentir ni un movimiento siquiera de caridad, no saltó una lágrima.

Todavía, bajo de esa presion violenta, desesperado y solo, llegó el príncipe Nicolás á Dieppe el primer año de viaje: en aquella desgracia meditaba á orillas del mar, cuando al alzar los ojos se encontró con los de Ottilia, la hija de Hércules el bañero.

Pero si es verdad que la marquesa le costaba tantas lágrimas y lo había dominado tan cruelmente; despues del segundo viaje á Dieppe, el príncipe, levantando el espíritu, había arrojado del corazon la imágen y los recuerdos de aquella serpiente, que había ennegrecido con venenoso aliento todos los días de su vida. Y en el mes de agosto de 1859 el príncipe la miraba con desprecio profundo; sin miedo, su figura repugnante y soberbia venía á atravesarse en su camino, como el tronco muerto de un animal devorado por buitres y perros hambrientos, en la boca de la cueva del lobó.

Y la maligna mujer segun veía crecer el desprecio y apartamiento del príncipe, mas doblaba su persecucion, y mas sus afeites y mas sus mañas de bruja, y aquel no sé qué de gitana que la naturaleza le había concedido para ruina de muchos y para ejemplo de falsas y descaradas.

Atrás del príncipe venía sin sosiego, como la zorra vieja que pierde el pelo del rabo, y que no amaba por falta de naturaleza, sin conformarse en su orgullo con que aquel hombre fuera amado de nadie.

Estaba á la espalda del príncipe, cuando este acababa de decir á Ottilia: «Huye del príncipe Nicolás, que á su lado te espera el deshonor y la muerte.»

— ¡Sí, huye! le dijo la marquesa mirándola con altivo desprecio: huye, perdida; porque si no te harán huir, mal que te pese.

La hija de Hércules miró asombrada aquella mujer con los ojos llenos de lágrimas; y en los suyos de víbora, negros como su corazon, encontró el secreto de su designio, y con el desprecio de la inocencia le devolvió la insolente mirada.

— ¡Pobre presuntuosa! exclamó la niña alejándose en medio de su descousuelo...

QUÉ LE PASA Á UN MAL CORAZON QUE TIENE GELOS.

A la marquesa le quedaron estereotipadas en el alma las palabras del príncipe y la cara de aquella criatura hermosa. La envidia levantó tempestad de amor propio y de egoísmo en aquel corazon, que del barro que lo formaba se había convertido en inmensa hoguera que vomitaba torrentes de desesperacion y de rabiosa inquietud.

El príncipe quería borrarla del libro de sus recuerdos, pero ella le seguía como el ángel malo, y su residencia no podía estar ni oculta ni cerrada para aquella mujer audaz.

Las bocas de las víboras están defendidas por dobles filas de dientes, que si se rompen, del mismo hueso brotan otros para matar con su veneno. La voluntad de la marquesa era como la boca de las víboras; y como el buitre tiene garras para despedazar la víctima, ella nutria la intuicion del mal para hacer desgraciado á aquel hombre.

Había envenenado la vida de aquel espíritu duro por martirizarlo, y al verlo huir de su lado desengañado y frio, su vanidad se había convertido en celos y en amor propio, y el amor propio en delirio de venganza y en el huracan tormentoso de las grandes pasiones; aquel demonio mujer le pedía al cielo corazon para querer y ser querida; pero el diablo, que jugaba con ella al ajedrez, la señalaba siempre sobre el tablero el egoísmo y la vanidad, con que estaba dándole continuamente jaque mate.

DE CÓMO HACÉ MAL LA MARQUESA.

La calle de Sigogne estaba solitaria; de vez en cuando entraba ó salía en las casas del barrio alguno de sus vecinos; lo mismo sucedía con las de San Pedro y de San Remy; y midiendo el tiempo pausadamente, el reló marcaba las horas.

Los faroles apenas alumbraban, y aunque la noche era del mes de agosto, hacia frio y viento norte. — Des casas solamente había abiertas, y en la puerta de Hércules que era una de ellas, estaba sentada la abuela Maria aguardando impaciente.

— En la de enfrente el hijo del trapero se asomaba á la ventana, fijos los ojos en la esquina del jardin que daba á la calle de San Remy.

— ¿Qué haces que no subes, muchacho? gritó el tío Martin desde su cama.

— Padre, acaban de dar las diez y media en el reló de San Remy.

— Corderillo, sean las diez ó las once, cierra la ventana y vén á dormir.

— Padre, no puedo; estoy mirando una cosa que me interesa mucho.

— Muchacho, ¿qué miras? ¿Qué diablo se puede ver á estas horas?

— Padre, á Ottilia, que hace tiempo entró por la puerta del jardin del príncipe, y que aun no ha salido.

— Damian, no mientas; cierra la ventana, y á dormir.

— Damian no miente, dijo la madre refunfuñando; te tengo dicho que esa muchacha es buena para el número 39...

— Damian, sube aprisa, ó bajo y te rompo un hueso, gritó rabioso el trapero.

— Padre, luego voy á subir; pero estoy aguardando á ver qué hace una mujer con un velo negro que estaba acechando la entrada de Ottilia, que acaba de llegar á la casa de Hércules y habla con la abuela.

— Muchacho, tú debes de estar loco esta noche, dijo el trapero bajando en camisa á quitar á su hijo de la ventana. — Al mismo tiempo Hércules bajaba á saltos la pequeña escalera de su casa y salía á la calle.

— ¿Es cierto, señora marquesa? ¿Mi hija Ottilia está en la casa del príncipe? ¿Es imposible! ¡No puede ser!...

— Hércules, es cierto; y como eres un hombre de bien y yo tengo un buen corazon, he venido á avisarte; y no he querido fiarme de nadie para no hacer mal á tu pobre hija.

— Gracias, señora, decía el honrado bañero besando en su agradecimiento las manos de la perversa marquesa.

— ¡Dios mio! exclamaba aquel infeliz en su aturdimiento, ¡es imposible! ¡Mi hija en su casa! ¡no puede ser!... Ahora estará con su maestro de gimnasia, donde va por las noches.

— Aquí está tu hija; agúardala y corrígela para que no se pierda, dijo por último la marquesa retirándose y dejando á aquel padre partida el alma de pena y casi loco en medio de la calle.

— ¡Dios me ampare! exclamaba Hércules confundido, ¡Dios me ampare! Y pálido como la muerte se apoyó en el dintel de la puerta del jardin.

El bravo marino temblaba como un niño. ¡Qué momento tan cruel para quien ha criado tierna y santamente á su hija, consuelo y honra de su vejez! ¡Qué momento para quien tiene puesta en esta idea toda su esperanza y toda su gloria, y verla morir, y morir para siempre!

COMO SALE LA PALOMA DEL NIDO AJENO.

Sonaron las once. La abuela seguía cada vez mas impaciente sentada en el portal de su casa. El trapero, Damian y su madre silenciosamente asomados á la ventana; los faroles de la calle apagados; Hércules, cada vérico, sostenía su cuerpo apoyado en la pared... La puerta del jardin se entreabrió, y como una exhalacion salió Ottilia.

— ¡Hija! dijo con voz profunda y lúgubre y larga como la agonía del moribundo, el pobre padre.

Al oirla, Ottilia se quedó fria como el mármol; pero venció el miedo, y aquel golpe eléctrico de respeto y de vergüenza dió alas al temor, y como una paloma desatentada corrió la débil criatura á buscar abrigo en el seno de su abuela: «Mi padre va á matarme, defiéndame Vd., abuelita,» le dijo estrechándola temblando entre sus brazos.

La viejecilla, á quien el corazon presagiaba una gran desgracia, y á quien las penas habían dado una fuerza superior de espíritu, tomó á su nieta por la mano y la subió temblorosa á la comun sala, que servía de dormitorio, alumbrada por una débil lámpara que la niña alimentaba siempre encendida, debajo del crucifijo de marfil colgado de la cabecera de su lecho.

El trapero y la traperera vieron pasar tenebroso como una tempestad al iracundo Hércules, que con los ojos brotando sangre los miró y siguió adelante ciego de vergüenza.

— ¿Se ha cumplido mi profecía? ¿Es buena para el número 39? dijo á su marido con aire infernal la cruel vieja.

Y como no había mas que ver, y tras su persona cerró Hércules la puerta de su casa, el trapero, aquel cuervo que tenía por mujer, y el obtuso de su hijo, subieron murmurando á hacer cama comun como los cerdos, para por la mañana vender como trapos viejos la historia de aquella tristísima noche y la deshonra de la desgraciada Ottilia.

AUNQUE SE PRESAGIA LA LLEGADA DE LA ZORRA NO SE SALVAN LAS PALOMAS.

— ¡Maldita criatura! te he visto al través de mis ce-

losías alejarte con la ligereza y el ojo de la hiena cuando acaba de hacer pedazos su presa.

No necesito tocar la víctima para conocer tu obra: un mal terrible debes de haber hecho, lo presiento... con tu vanidad y egoísmo á las once de la noche, sola en la calle de Sigogne y en la puerta de mi jardín... ¡ah! sangriento debe haber sido tu daño, respóndeme: ¿qué has hecho?... le dijo apretándole violentamente las manos.

— Nada, respondió la marquesa: respiraba el aire de la noche.

— ¡El aire de la noche, tú, y al rededor de mi casa! — ¡ah! el lobo husmea sangre en el redil de la oveja.

— Tus palabras no me hieren, respondió la marquesa; tengo celos, siento el deseo de la venganza.

— ¿Y de qué te vengarás, alma de hierro? le dijo iracundo el príncipe, ¿de haberme atormentado seis años?... ¿de haberme hecho derramar tantas lágrimas?... ¿de haber destruido mi porvenir?... ¿de haber sido causa de mi proscripción?... ¿motivo de mi ruina y de que viva sin ilusiones ni esperanzas? Y cuando mi espíritu se abre á la virtud, y hay una voz dulce que lo consuela, vienes tú á interponerte como salida del infierno...

¡Ay! el cielo es oscuro, la noche densa; estamos á la orilla del mar; nadie puede oír tus gritos; estoy cansado de la vida y de tu tiranía; no puedo soportarte; siento por tí desprecio y odio, y mucho frío en el alma... tú has muerto para este corazón, que no tiene nada para tí; nada; no te cruces en mi camino; no vengas á turbarme en mi soledad; no te acerques á la caverna del lobo desesperado, porque si vienes por su oveja va á hacerte pedazos... no puedo mas: conozco en el temblor de tu mano lo que encierras en el alma pérfida; tienes miedo, porque sabes puedo arrojarte cadáver á la mar... véte y no vuelvas á la puerta de mi jardín: no vuelvas á mirarme, ni á decir una palabra á esa infeliz niña que nunca te ha hecho daño; no sigas mis pasos, porque tu vista ennegrece mi existencia y revuelve la hiel de mi vida... no me busques, no preguntes por mí; yo he muerto para la marquesa de Canimar para siempre!... ¡Para siempre!!!

— Nicolás, te amo con toda mi alma, respondió la marquesa; mis labios nunca te lo han dicho; mi honor, mis riquezas, todo es tuyo; te amo, y tengo celos que me devoran: es verdad que soy la desgracia de tu vida; pero yo curaré tus heridas y te haré feliz; ágame, ágame, Nicolás...
(Se continuará.)

JOSÉ GUELL Y RENTÉ.

Restauracion

DEL TEMPLO DE LOS COMENDADORES DE CALATRAVA EN MADRID.

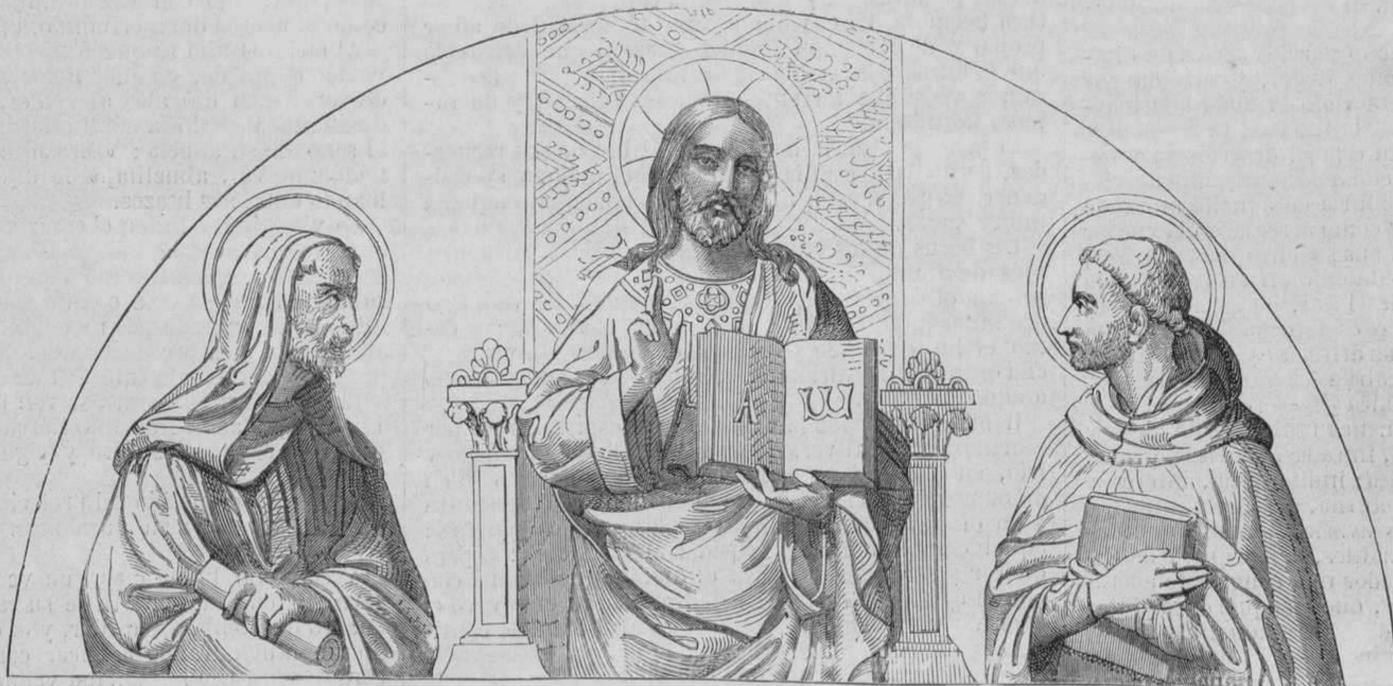
El templo de los comendadores de Calatrava existente



LA VIRGEN, PINTURA EJECUTADA POR DON LUIS MADRAZO EN EL TEMPLO DE LOS COMENDADORES DE CALATRAVA EN MADRID.



RESTAURACION DEL TEMPLO DE LOS COMENDADORES DE CALATRAVA EN MADRID.



JESUS, ALFA Y OMEGA, PINTURA DE DON LUIS MADRAZO.

en Madrid acaba de ser restaurado, y vamos á decir dos palabras sobre las nuevas pinturas que se han ejecutado y cuyos dibujos damos con estas líneas.

Cerca de la puerta se ve sobre fondo de oro á Nues-

tro Señor Jesucristo sentado, con una vestidura amarilla adornada de franjas de oro y de piedras preciosas; una nube domina su frente, tiene la mano derecha levantada como para bendecir segun la fórmula latina, y en la izquierda un libro abierto sobre el cual se ven las letras griegas alfa y ómega.

A la derecha de Jesus está san Benito en una actitud respetuosa, teniendo en la mano la regla de la orden; y á la izquierda está san Bernardo con un libro abierto, emblema del progreso intelectual de que fué propagador en el siglo XII.

Sobre el fondo de oro, segun la costumbre observada en la edad media y en la época del renacimiento, están inscritos los nombres de los dos santos. El hábito de san Benito difiere mucho, como es de pensar, del que gastan actualmente los de su orden.

En España, durante los dos últimos siglos y en la primera mitad del presente, ejecutaban las pinturas acabándolas mas ó menos segun el gusto y el talento del artista, pero todas con el mismo carácter, fuesen sagradas ó profanas, y sin dar la menor importancia á la idea; la decoracion de Calatrava ha salido felizmente de tan fatal sistema.

La severidad en la forma, la elevacion y al mismo tiempo el órden en las ideas, condiciones esenciales en la pintura sagrada, la dan un carácter religioso que la distingue.

El Jesus tan venerable y majestuoso inspira á la vez respeto y amor.

En la misma pared que el retrato de Jesucristo se ve un segundo cuadro que representa á la Virgen sentada y teniendo en sus brazos á su divino Niño. Dos ángeles le contemplan al pié del asiento de la Virgen.

El vestido del Niño Jesus es blanco y el de su Madre es encarnado con un manto azul. Las dos figuras tienen cada una la cabeza coronada con una nube. Uno de los dos ángeles tiene una palma, y entrambos llevan ropajes amarillos y alas con los colores del arco iris.

La derecha del trono de la Virgen está ocupada por el busto de S. M. el rey Don Francisco de Asis, vestido con el hábito de Calatrava, y teniendo además las insignias de capitán general.

Toda esta restauracion ha sido dirigida por don Juan Madrazo, y las pinturas han sido ejecutadas por don Luis Madrazo.

La estatua de Nuestra Señora de la Concepcion es obra de don Sabino Medina, y las de san Raimundo y F. Diego Velazquez son de don Andrés Rodríguez y don José Panuchi.

V. C.

Jubileo

DE LA UNIVERSIDAD DE BERLIN.

La capital de la Prusia acaba de festejar con gran solemnidad el 50º aniversario de la fundación de su universidad, lo que ha sido una fiesta científica como se ven pocas. — La fundación de la universidad de Berlin, la más reciente de Alemania, es una notable manifestación del entusiasmo científico que sobrevive á todas las cosas en los alemanes. Sabido es cuál era el estado de la Prusia en 1810. Aniquilada por las armas de Napoleon, parecía hallarse á punto de sucumbir; pero la salvó la ciencia. Federico Guillermo III, impotente para levantarse por las armas de sus desastres políticos, con los 42,000 hombres que componían entonces todo el ejército prusiano, tuvo la idea de oponer á las influencias extranjeras una ciudadela de nueva especie, fundando en su capital una gran universidad. Sabía que Napoleon temía la ciencia alemana y la consideraba como una enemiga de la dominación francesa en Europa. Por eso al guerrero que solo quería escuelas especiales, el rey de Prusia respondió con la creación de una universidad que estaba destinada á ser un centro de reunión de todas las ciencias humanas.

« La universidad de Berlin, decía días pasados el ilus-

tre profesor Mittermaier, se ha elevado como un gigante. » En efecto, si se recapitula el número de los profesores célebres que en el corto período de cincuenta años han elevado allí la voz lo bastante para hacerse oír en todo el mundo, se debe admirar una prosperidad tan maravillosa. ¿Quién no conoce los nombres de Schelling, Fichte, Hegel, Schleiermacher, Neander, Boeck, Lachmann, Bopp, Humboldt, Rancke, de Rau-

la falanje universitaria se encuentran en Alemania no solo los grandes maestros en la ciencia, sino los hombres más liberales, los jefes verdaderos de la democracia alemana.

En el discurso que M. Mittermaier dirigió en nombre de los delegados de las universidades alemanas al *rector magnificus*, son características estas palabras: « No puedo separar, exclama el orador, la suerte de la cien-

mer, Encke, Mitscherlich, Graefe, Dietsch, Langenbeck, Schœlein y tantos otros? No cito más que aquellos cuyos nombres se han hecho famosos. Por consiguiente no se debe extrañar que en nuestro siglo las antiguas universidades alemanas tales como Hall, End, Tubingen y Heidelberg, cuya fundación data de la edad media, han quedado en una categoría secundaria con respecto á su joven y brillante rival.

Sin embargo, todas se han apresurado á rendirla homenaje enviando al jubileo de Berlin á varios de sus sabios más ilustres. Hall delegó al filósofo Erdmann, uno de los representantes del extremo derecho del hegelianismo; Heidelberg al primer jurista de la Alemania, Mittermaier, demócrata moderado pero enérgico y firme; Iena al filólogo Etaase; Königsberg al famoso hegeliano Rosenkranz, que sus opiniones liberales tanto como sus luces elevaron al poder en 1848, etc. En



JUBILEO DE LA UNIVERSIDAD DE BERLIN : GRAN COMMERS DADO A LOS ESTUDIANTES POR LA VILLA DE BERLIN.



EL CORTEJO DIRIGIENDOSE DE LA UNIVERSIDAD A LA IGLESIA DE SAN NICOLAS.

cia de la de la patria. La libertad de la ciencia descansa en la libertad política. Sé que en 1910, cuando la universidad de Berlin celebra su jubileo secular, asistirán otros delegados que serán, señores, los representantes del pueblo alemán.»

No puedo emprender aquí la tarea de contar en detalle los diferentes actos de la gran fiesta que principió el sábado 13 de octubre con la recepción de los delegados de las universidades alemanas ó de las academias extranjeras, y se terminó el 17 con el paseo nocturno y el gran *commerz* de los estudiantes.

El día mejor fué el lunes. Del vasto edificio de la universidad, un cortejo inmenso se dirigió á la iglesia San Nicolás por las principales calles de Berlin. A la cabeza marchaba un pelotón de municipales á caballo, seguido de una banda de música. Detrás iba el comité organizador de la fiesta, que se componía de estudiantes con espada en mano, gorrita de plumas, levita de terciopelo negro y botas altas, y con los colores nacionales á guisa de bandas.

Detrás de ellos se adelantaba solemnemente el *rector magnificus*, vestido de púrpura bordada de oro, y rodeado de los bedeles con capas encarnadas que llevaban los cetros de oro sobre los cuales prestan los doctores alemanes el juramento de fidelidad. Estos cetros han sido heredados por la universidad de la de Wittemberg.

Los profesores arrastrando sus ricos mantos de terciopelo, los estandartes, los estudiantes con sus banderas y sus trajes característicos, todo esto formaba un espectáculo extraño que recordaba las grandes ceremonias de la edad media, cuyo secreto solo ha sabido conservar la Alemania. El cortejo tardó una hora en pasar. Las diferentes corporaciones de estudiantes, los *Normandos*, los *Teutones*, los *Allemanen*, los *Neoborussen*, los *Nassobienses* y los *Vándalos* rivalizaban en excentricidad acerca del traje y los colores. Se hallaban acompañados de todos los doctores promovidos á la universidad, de todos los antiguos estudiantes entrados en la vida práctica. Los alumnos de la Academia de arquitectura, de la escuela de minas, de la de farmacia y de las escuelas industriales tomaban parte también en esa fiesta nacional. El príncipe regente, el príncipe Federico Guillermo, el príncipe Federico Carlos (autor de un folleto que se ha hecho famoso últimamente y que se titula: *el Arte de combatir al ejército francés*), el príncipe Nicolás Albrecht y los ministros Auerswald, conde Schwerin, de Paton, de Hegdt y de Bethman Holwez, asistían á la ceremonia que tuvo lugar en la iglesia de San Nicolás.

Al otro día muchos banquetes reunían á las diferentes secciones del cuerpo universitario. Yo asistí al del cuerpo de los doctores de Berlin, al que habia sido convidado por un favor especial, y en coro cantamos el famoso

Gaudeamus igitur,
Juvenes dum sumus.
Post jucundam juventutem,
Post molestam senectutem,
Nos habebit humus.

Vivat Academia,
Vivant professores,
Vivat membrum quodlibet,
Vivant membra quælibet,
Semper sint in flore!

Vivant omnes virgines
Faciles, formosæ,
Vivant et mulieres,
Burschicorum nutrices
Bonæ laboriosæ!

Pereat tristitia,
Pereat osoros,
Pereat diabolus,
Quivis antiburschius,
Atque irrisores!

Este latin macarrónico tiene la ventaja de no necesitar traducción.

Por la noche hubo un hermoso baile en el local de Kroll, uno de los mas vastos de la Alemania. En el baile resaltaban los cordones, estrellas, placas y uniformes en número prodigioso, aunque no mayor que el de los frescos, blancos y torneados hombros de las rubias hijas del Norte.

Sin embargo, la parte mas característica de la fiesta, la mas fantástica, la mas loca, fué el gran *commerz* del último día. Un cortejo de dos mil estudiantes se habia reunido en la puerta de Brandeburgo á las siete de la noche. Dos mil antorchas desfilaron por la magnífica calle *unter den Linden* (bajo los tilos), con muchas banderas de música. Los *senioren* ó jefes de las corporaciones de estudiantes se ostentaban gravemente en coches con cuatro caballos; y seguían otros estudiantes á caballo ó á pié, segun sus recursos. El cortejo se dirigió á un inmenso edificio que sirve para los ejercicios de las tropas, y que habian iluminado y engalanado con banderas, escudos y flores. — Un ejército de toneleros habia llevado allí toda una artillería de toneles de cerveza, debidos á la generosidad de la ciudad de Berlin. Cuando yo logré penetrar en el recinto, el suelo inundado de cerveza no era mas que una especie de laguna. La circulación era difícilísima. Apenas una orquesta formidable lograba hacerse oír á través de los clamores que lanzaba aquella juventud alegre y vocinglera. Era un espectáculo inaudito, digno de todo lo que puede

forjarse la imaginación mas atrevida, una inmensa banca dedicada á Gambrinus, el dios de la cerveza, y que se prolongó hasta el otro día. W. R.

Revista de Paris.

Para la próxima semana está anunciada en Paris una venta de libros muy importante. Es la biblioteca de M. Félix Solar, un escritor francés que soltó la pluma literaria para entregarse á especulaciones mercantiles que le han producido en algunos años cuatro millones de francos. M. Solar, aunque ocupado en sus grandes negocios, no ha descuidado un instante su afición á los libros de mérito, y antes bien su fortuna le ha proporcionado recursos para adquirir preciosidades únicas que sin duda alcanzarán en la venta precios muy elevados.

La colección de libros de M. Solar es esencialmente francesa, y contiene las muestras mas brillantes de la historia de la literatura, de la imprenta, del grabado y de la encuadernación en Francia. Para dar á nuestros lectores una idea de las riquezas acumuladas por el inteligente banquero, citaremos algunos de los números del catálogo que tenemos á la vista.

La primera «Biblia Francesa» impresa por los protestantes en Neufchatel en 1535.

El «Nuevo Testamento» en francés, primer libro impreso en Lyon en 1473.

El «Oficio de la Semana Santa» el mismo ejemplar que sirvió á Luis XVI durante su prision en el Temple. Este libro contiene un rizo de pelo de María Antonieta, y siete líneas autógrafas y firmadas por el rey el 3 de enero de 1793.

La primera y preciosa edición de la «Cité de Dieu» de san Agustín, impresa en el monasterio de Subiaco en 1467.

«El Catholicon» obra de Balbus de Janua sobre la lengua latina. Este admirable monumento impreso por Gutenberg en 1460, fué comprado por 10,000 francos á la biblioteca de Munich que posee otro ejemplar de la misma obra.

Las «Poesías» de la Margarita de las Margaritas (Margarita de Navarra) hermana de Francisco I.

El «Dante» impreso en Milan en 1478, y el «Petrarca» en 1473.

Una colección de «Devocionarios» de toda clase del siglo XV impresos en vitela y llenos de láminas.

Diez y seis ediciones de la «Imitación de Jesucristo» desde la primera impresa en 1470 hasta las traducciones francesas de Marillac y de Corneille.

En cuanto á bellas artes hay estampas rarísimas y colecciones de apuntes y dibujos de un valor extraordinario.

El Teatro Italiano nos ha dado la *Traviata* despues del *Barbero*. El empresario actual parece ha formado empeño en que la música de Verdi vaya echando raíces en Paris, y justo es confesar que lo va logrando. No solo el público, sino la crítica se muestra ya menos severa con las inspiraciones del último gran maestro que ha dado á luz la Italia. Un juez muy escuchado en la materia, M. Fiorentino dice que se ha reconciliado con la *Traviata* en vista de sus últimas representaciones, á pesar de la antipatía que siempre le habia inspirado; es verdad que se apresura á añadir que este milagro se debe á su admirable intérprete la Penco. No hay duda que esta artista es inimitable; nadie ha dicho como ella el famoso *bruidisi*, y en el día que la Piccolomini se ha retirado de la escena gracias á un casamiento que la ha proporcionado una alta posición en el mundo aristocrático, se puede decir que la Penco no debe temer rivalidades.

La Piccolomini era una artista en miniatura, y sin embargo, hacia furor en ese papel de Violetta por su desenvoltura y por su gracia; su voz era escasisima, su talento limitado; pero allí donde no alcanzaban sus facultades, sabia ella suplir el canto con una pantomima original y de una expresión imponderable. Los franceses no la hicieron una gran acogida; pero en Inglaterra, en Italia y en América ha dejado un recuerdo imperecedero que siempre saldrá á relucir cuando se trate de la *Traviata*.

La Penco por el contrario tiene una gran voz, á la que acompañan un brio y un acento dramático que subyugan al espectador, le conmueven y le arrebatan. En todo lo que es vehemencia la Penco raya á una altura á que no ha llegado nunca ninguna artista, ni aun la Grisi en sus buenos tiempos.

La sociedad parisiense principia á dar ya señales de vida. Mientras se abren resueltamente los salones, la gente se reúne en la intimidad y se preparan las fiestas del invierno. El furor por las representaciones teatrales va en aumento; hay casas donde se construyen en el día teatros que aunque en pequeño ofrecen todo cuanto hace falta para producir la ilusión escénica.

Sabemos de una casa que no nos está permitido nombrar, donde se ensaya actualmente una piececita francesa escrita por una señora, y cuyo argumento vamos á decir á nuestros lectores. La comedia se titula una *Doble sorpresa*, y está dividida en dos cuadros.

Dos jóvenes están para casarse en una aldea, Ricardo y Adelaida. Ricardo tiene veinte y un años, Adelaida diez y seis; Ricardo es un guapo mozo, aunque algo melancólico, y Adelaida es por el contrario una joven de ánimo resuelto.

Pero ambos pertenecen á familias pobres, tan pobres que todos se preguntan en el lugar quién pagará la misa de casamiento.

— ¡Es una locura! exclaman las madres que tienen niñas casaderas y han echado los ojos sobre Ricardo; ¿porqué no esperan á tener la edad á que se casa todo el mundo?

— ¿Quién les dará pan para el día siguiente de la boda?

— Estos sí que ni siquiera pueden contar con pan y cebolla.

Por toda la aldea circulaban estos dichos y otros varios;

pero los dos novios, aislados en su felicidad, no oían ninguna de las tales palabras.

Sin embargo, detrás de ellos habia padres ancianos que se hallaban en la edad de las reflexiones, y que prestaban atención á las exclamaciones de los vecinos.

Pero á poco principieron á suscitar obstáculos; la época del matrimonio se alargó, y al fin quedó aplazada indefinidamente.

Adelaida tomó la iniciativa de una resolución suprema.

— Amigo mio, exclamó dirigiéndose á Ricardo; dicen que somos demasiado pobres para casarnos; está muy bien: hagámonos ricos. Para esto debemos hallarnos exentos de toda preocupación; separémonos por seis años.

— ¡Seis años sin vernos!

— ¡Cómo ha de ser! Yo tendré veinte y dos, tú veinte y siete; aun seremos jóvenes.

— ¿Pero qué quieres hacer?

— Lo ignoro; sé únicamente que haré alguna cosa: despidámonos hasta dentro de seis años, amigo mio.

Y así lo hicieron: Ricardo con la desesperación en el alma; Adelaida con la firmeza de una persona que ha tenido una inspiración y que se halla decidida á realizarla á toda costa.

Aquí finaliza el primer acto; en el segundo nos hallamos en el día de la cita.

— Entrambos hemos tenido la misma fe y la misma esperanza, exclamó Adelaida; ¿hemos conservado el mismo amor?

— ¡Dios lo quiera! pues me hallo bien cansado de esperar, responde Ricardo.

Los dos enamorados se vuelven á ver con el sencillo traje que llevaban en otro tiempo.

Los dos habian corrido el mundo cada uno por su lado; quizá no tenían mas fortuna que el día en que se despidieron, y contaban seis años perdidos de felicidad.

— Ricardo, dice la joven, tú ya no tienes padres, mi familia será la tuya. La amistad de los pobres es sólida y duradera: te quedarás conmigo.

La cuestión de la fortuna, cuestión capital, se halla siempre pendiente de sus labios.

— Yo no he podido hacer nada, Ricardo; ¿y tú?

— Bien lo ves.

— ¿Y te casarás conmigo cuando soy tan pobre como antes?

— Algunas leguas he andado para eso.

— Tienes un gran corazón, Ricardo: aquí llegan mis padres.

La familia de Adelaida se mostró benévola; no obstante, no pudo disimular su consternación en presencia del traje miserable que traía Ricardo.

Pero la amistad que la joven demostraba al recién llegado hizo que en breve reinara la mayor cordialidad en el seno de la familia.

Una cosa llamó mucho la atención á Ricardo; y era la especie de servilismo que demostraban á la joven en la casa. Parecía ser una reina mimada, cuyas voluntades se esforzaban todos por satisfacer.

Se pusieron á la mesa, y la comida de los desposorios se resentía de cierto lujo; pero en fin Adelaida podía haber hecho un sacrificio para festejar á su futuro.

En la comida reinó una alegría extraordinaria hasta que sacaron los postres, momento en que la novia poniéndose un poco triste dijo con cierta solemnidad:

— Ricardo, soy digna de tí, pero temo...

— ¿Qué?

— Un nuevo impedimento para nuestra felicidad.

— ¡Pobre de mí entonces! Estos seis años de desesperación me han hecho mas débil que un niño.

— Como me ves ahora con mi vestido de lana y mi pobreza estoy segura de agradarte; pero si este traje fuese un engaño...

— Tanto mejor; si oculta la miseria, en ese caso...

— Sí, amigo mio, he hecho fortuna...

— Adelaida; te amaré aunque seas rica...

— Soy ***

(Y dice el nombre de una cantatriz célebre.)

— ¡Cómo! ¿La gran cantatriz?

— Sí; y yo te amo á tí porque eres pobre.... ¡Dame tu mano, amigo!...

— Esto exige un momento de reflexión; dame diez minutos y tendrás mi respuesta.

— ¡Ricardo!

— ¡Oh! ¡bien poco es diez minutos!...

Y al decir estas palabras el joven se lanza fuera del aposento.

Adelaida arroja un grito de desesperación.

¡Ricardo, su amado Ricardo, su sueño, quizá se habia marchado para siempre!...

— ¡Maldita sea la fortuna!... ¡voy á perder mi felicidad!...

Y la pobre artista, — la mujer que habia abandonado el hogar paterno y que habia conseguido hacerse un nombre en Paris y conquistar con la gloria una fortuna, — se pone á llorar como una niña.

— Adela, exclama Ricardo de repente apareciendo en el umbral de la puerta, te traigo la contestación.

La joven extendió los brazos para apoderarse de aquella felicidad que si no habia perdido, al menos habia comprometido mucho.

Pero dejó caer los brazos y retrocedió.

Tenia delante de sí á un hermoso oficial de un regimiento de línea, condecorado con la cruz de honor ganada en Italia.

— ¡Ah! exclamó el soldado estrechando á la artista sobre su corazón; yo tambien he hecho carrera; pero la tuya se ha acabado ya: con la mia nos basta.

Este es el argumento de la comedia contado rápidamente y en forma de narración tal como hemos podido recordarle en este momento, pues no tenemos á la vista el manuscrito.

Poesía.

AL SEÑOR DON JOSÉ ROSALES, POR LA MUERTE DE SU HIJO MIGUEL.

Mi caro amigo, el mas feroz quebranto,
Qual víbora ensañada te devora.
Ahoga tu pena y tu dolor en llanto:
A tu Miguel idolatrado llora.

Llérale, amigo; porque era de consuelo
Y de amor el arcángel de tu vida;
Sagrado para tí, como es el cielo;
De tu esperanza la ilusión querida.

¡Ay! fué cual flor que una mañana vive,
Que abre su cáliz perfumado un día;
Para cuando al ocaso el sol arribe
Su brillantez perder y lozanía.

En la tierra brilló, mas un momento,
Como del cielo un ángel descendido;
Para luego cruzar el firmamento
En ráfaga de luz convertida.

¡Era inocente! Y largo tiempo el mundo
Habitar no podía su alma pura;
Porque es la tierra lodazal inmundo,
Asilo de tormento y amargura.

¡Cuánto al vuelo de su alma se ilumina
El éter, circuyéndola aurea zona!
¡Toca al empíreo, y como flor divina
Resplande del Señor en la corona!

¿Ha cesado tu llanto? Entonces dino,
De una alma grande y corazón valiente
Denodado combate á tu destino;
Mas humilde á tu Dios rinde la frente.

JUAN RODRIGUEZ GUTIERREZ.
(Del Ecuador.)

Paris-octubre 7 de 1860.

Punto en boca.

No me digas, pardiez, que como un dogo
Ladrando siempre estoy, porque critico
Y á mi hilis le doy un desahogo.

No me digas, al ver cómo me explico,
Que soy un ente raro, estrafalario,
Que me cebo en el pobre y en el rico.
Que es el mundo diverso y siempre vario,
Es cosa que olvidada la tenía
Por mas que te imagines lo contrario.

Al lado del dolor va la alegría;
Si hay crímenes, en cambio habrá virtudes,
Y lealtades, si fiera alevosía.

Yo así lo considero, no lo dudes;
Si me llamas injusto porque rabio,
No hay plausible razon en que te escudes.

Es muy cierto que á veces por resabio
(Del que luego reniego), se me escapa
La palabra, y que necio nuevo el labio:

Mas luego reflexiono que no es capa
El mundo todo de maldad y dolo,
Como piensan los monges de la Trapa.

¡Viva pues el ruido! Quede solo
Y triste y para siempre abandonado
El que torpe discurre como un holo.

Siga la danza y vamos sin cuidado
Por esta senda, donde flores brotan
En copioso monton desordenado.

Mientras la copa del placer agotan
Los cínicos, sus lágrimas devoren
Los que pudor y cortedad denotan.

Que la modestia y el pudor desdoren;
Que oculte su vergüenza el que la tenga;
Que los hombres al oro solo adoren.

Nadie su torpe inclinacion contenga,
Ni á sus pasiones acortando el vuelo
A dar lecciones de virtud nos venga.

Siga en buenhora enrojiciendo el suelo
Con sangre humana el que con ansia impía
Fragua motines, y en su torpe anhelo

De enlazarse y crecer mas cada día,
El santo nombre de la patria invoça
Cuando tan solo su interés le guía.

El hombre que encendiendo en saña loca
El pecho de algun déspota sañudo,
El bien del pueblo sin cesar sofoca;

El que debiendo manejar el rudo
Arado, obtiene honores y grandeza
Porque intrigando levantarse pudo;

El fátuo que levanta la cabeza
Con orgullo, de rico haciendo alarde
Y ostentando dorada la corteza;

El que ha sido y será siempre un cobarde,
Y por saber tirar algo al florete
En ansias de pinchar á todos arde;
El que con capa de amistad se mete
En el hogar del confiado esposo
Y á la esposa impertérrito acomete;
El que estrecha la mano cariñoso
De aquel á quien halaga la fortuna,
Y al amigo infeliz juzga ya odioso;
El que presta una onza, solo una,
Y luego exige tres, vociferando
Que filántropo fué desde la cuna;

El que siempre os está recomendando
La religion, que desconoce impio,
Aunque se esté en el pecho golpeando;
Todos estos al fin, amigo mio,
Aunque á veces merezcan un grillete,
Del mundo pescan en el hondo rio.

Conoci en mi niñez á un mozalvete
Que nunca tuvo hogar, ni rey ni Roque,
Y en punto á inteligencia era un zoquete.

De qué medios valiése este bodoque
Para alzarse y triunfar, es logogrifo
Que puede descifrar Birlibirloque.

El no estudió siquiera en el Rengifo;
Mas leyendo de heráldica un tratado,
Se adjudicó para su escudo un grifo;

Luego añadió de timbres un puñado,
Fué grande, figuró, lo pudo todo...
Y no pudo jamás ser hombre honrado.

Fortunas que así brotan de entre el lodo,
No perdonan jamás al que prefiere
La virtud y el honor. De cualquier modo

Verás que poco mi lenguaje hiere
Al que tiene bien limpia su conciencia
Sin que nada la turbe ni la altere.

Mas hablar de los malos es licencia
Que ninguno perdona, y á mi juicio
Haciéndolo cometo una imprudencia.

El mundo me será poco propicio,
Dirán unos que soy un deslenguado,
Y otros dirán que vuelo al precipicio.

Fué Jesus, con ser Dios, crucificado
Por darnos sus magnificas lecciones
De virtud, y apartarnos del pecado.

Gimieron sapientísimos varones,
Por no mas que decir verdades claras,
Encerrados en lóbregas prisiones.

Las verdades se ve que cuestan caras;
Y pues nada en callarlas sacrificio,
Dejo, entornando cauteloso el pico,
De meterme en camisa de once varas

MAXIMILIANO CARRILLO DE ALBORNOZ.

La niña enferma.

Doncella de negros ojos
Y labios descoloridos
Que dices que á buscar malvas
Te envia el facultativo,

¿A dónde vas presurosa
Por solitario camino,
Si cocimientos no curan
Los corazones heridos?

Mira por Dios, niña hermosa,
Que en su humilde domicilio
Tal vez tus honrados padres
Con ansia esperan tu alivio.

Mira que solos se quedan,
Mira que están afligidos,
Que sus venerables canas
Aun no perdieron su brillo.

Mancharlas puede un mal paso
Que des en ese camino,
Y en él, doncella, te aguardan
Tal vez inmensos peligros.

La vista inquieta diriges
Al cercano bosquecillo,
Y entre su espeso ramaje
Un hombre ocultarse miro.

Gentil parece el mancebo;
Te turbas... ya te lo he dicho;
Mira, mira como late
Tu pobre corazoncito.

Ten cuidado, niña hermosa,
Mira, y huye del peligro,
Que no curan cocimientos
Un pecho de amor herido.

A buscar malvas me dices
Te envia el facultativo...
¡Ay, niña! si buscas malvas,
Mal vas por ese camino.

MAXIMILIANO CARRILLO DE ALBORNOZ.

El céfiro y el arroyo.

Hoy, al despuntar la aurora,
Por las puertas del Oriente,
Corria murmuradora
El agua clara y sonora
De un arroyo trasparente.

Apacible y candoroso,
Cual un suspiro de amor,
Deslizaba cariñoso
Su cristal puro y hermoso
Del césped entre el verdor.

Mas al mirar que las flores
Se adornaban á porfía
Y en sus mantos de colores
Reflejaban los fulgores
Del sol que apenas nacia,

Y que afanosa giraba
El aura con vuelo lánguido,
Y de fragancia llenaba
El espacio en que exhalaba
Su perfume jazmin cándido;

A un cefirillo inconstante
Que rizar su agua solia
Y que en aquel mismo instante
El cáliz puro y fragante
De una azucena mecia,

Dijole: ¿porqué las flores
Se prenden galas divinas,
Las aves cantan amores,
Y da el sol mas resplandores
A mis aguas cristalinas?

¿Porqué el vergel se engalana
Y su follaje se mece?
¿Porqué al nacer la mañana,
Esa pradera cercana
Mas esplendor nos ofrece?

Detuvo al punto su vuelo
El cefirillo amoroso,
Lanzóse rápido al suelo,
Y al oido del arroyuelo
Dijo en tono melodioso:

Trinan tan dulces las aves,
Ves tanta alegría en ellas,
Son las auras tan suaves
Por ser días ¿no lo sabes?
De la reina de las bellas.

DOLORES DE FEDERICO.

A mi padre.

Te perdí, padre adorado,
Huyó de mí la alegría;
Al recordar aquel día
Se trastorna mi razon,
Porque al lado de tu lecho
Oí tu postrer gemido,
Y aquel eco dolorido
Me desgarró el corazón.

Llorando al ver á mi madre
De sus hijos rodeada,
Pedi á la Virgen sagrada
Que se apiadase de mí.
Oyó el cielo esta plegaria;
Enjugó mi triste llanto,
Y al fin cesó mi quebranto,
Y fuí... menos infeliz.

CAROLINA GONZALEZ.

Viaje del príncipe Alejandro Juan á Constantinopla.

El viaje que S. A. S. el príncipe reinante de los Principados unidos de Moldavia y de Valaquia acaba de hacer á Constantinopla, no ha sido únicamente un deber de cortesía prescrito por la convencion del 19 de agosto, sino un verdadero acontecimiento político; pues con ese motivo se han traducido en hechos ostensibles las generosas simpatías de los gabinetes que han tomado parte en la reorganizacion política de los Principados unidos. La Sublime Puerta ha tomado una actitud muy digna en esta circunstancia, prodigando los honores y las atenciones al ilustre viajero, que ha sido recibido como lo fueron el gran duque Constantino de Rusia y el duque de Brabante. Creemos agrandar á nuestros lectores dando aquí los interesantes detalles del viaje del príncipe Alejandro Juan á Constantinopla.

La elevacion del príncipe Alejandro Juan al doble trono de Moldavia y de Valaquia no será uno de los



ENTRADA DE S. A. S. EL PRINCIPE ALEJANDRO JUAN EN LA SUBLIME PUERTA.

capítulos menos curiosos de la historia del siglo XIX.

Hace doce años la nacion rumana resucitada por el trabajo valeroso de una ardiente y patriótica juventud, quiso romper el yugo que la esclavizaba; pero en Jassy fracasó todo, y los hombres mas inteligentes de la Moldavia tuvieron que desterrarse. En Bukarest, el principio fué mas feliz; mas la Puerta no tuvo fuerzas para mantenerse en la sábia política seguida por el comisario del sultan Suleyman bajá, y con las bayonetas de Omer bajá, Fuad bajá restableció el órden en Valaquia; en suma, al movimiento nacional fué sofocado, y centenares de desterrados fueron á unirse con sus hermanos de Moldavia. La guerra de 1854 y el tratado de Paris vengaron á las víctimas de estas dos revoluciones y realizaron en gran parte el programa de 1848.

Muchos de estos desterrados se refugiaron en Constantinopla y otros en Brusa. Entre ellos se contaba Alejandro Juan Couza, hoy príncipe reinante de cinco millones de almas, y el mismo que entraba estos últimos dias en el Bósforo á bordo de la corbeta otomana el *Beyruth*, escoltado por el *Taurus*, con la bandera nacional de Moldavia y de Valaquia, yendo á desembarcar solemnemente al palacio imperial de Emirghian, saludado por las salvas de artillería y por las aclamaciones de la colonia rumana de Constantinopla.

Inútil es recordar aquí cómo las cámaras de Moldavia y Valaquia, fieles intérpretes de los votos de los rumanos que querian la union; y las necesidades del país que exigian un gobierno nacional firme y honrado, aclamaron por unanimidad en Jassy y en Bukarest al coronel moldavo Couza.

Nada puede hacer comprender mejor las modificaciones introducidas últimamente en la situacion política de la Turquía, que el nuevo ceremonial admitido por la Puerta para la recepcion del príncipe.

Los antiguos hospodares se sometian á las mas humillantes exigencias de

la etiqueta otomana. Estos príncipes llegaban á Constantinopla en un buque fletado, cargado de muchos millones de oro para distribuirlos entre los altos funcionarios. No tenian otra habitacion que la de los *capukias* fanariotas, humildísimos servidores de los turcos, y sus hombres de negocios cerca de la Puerta.

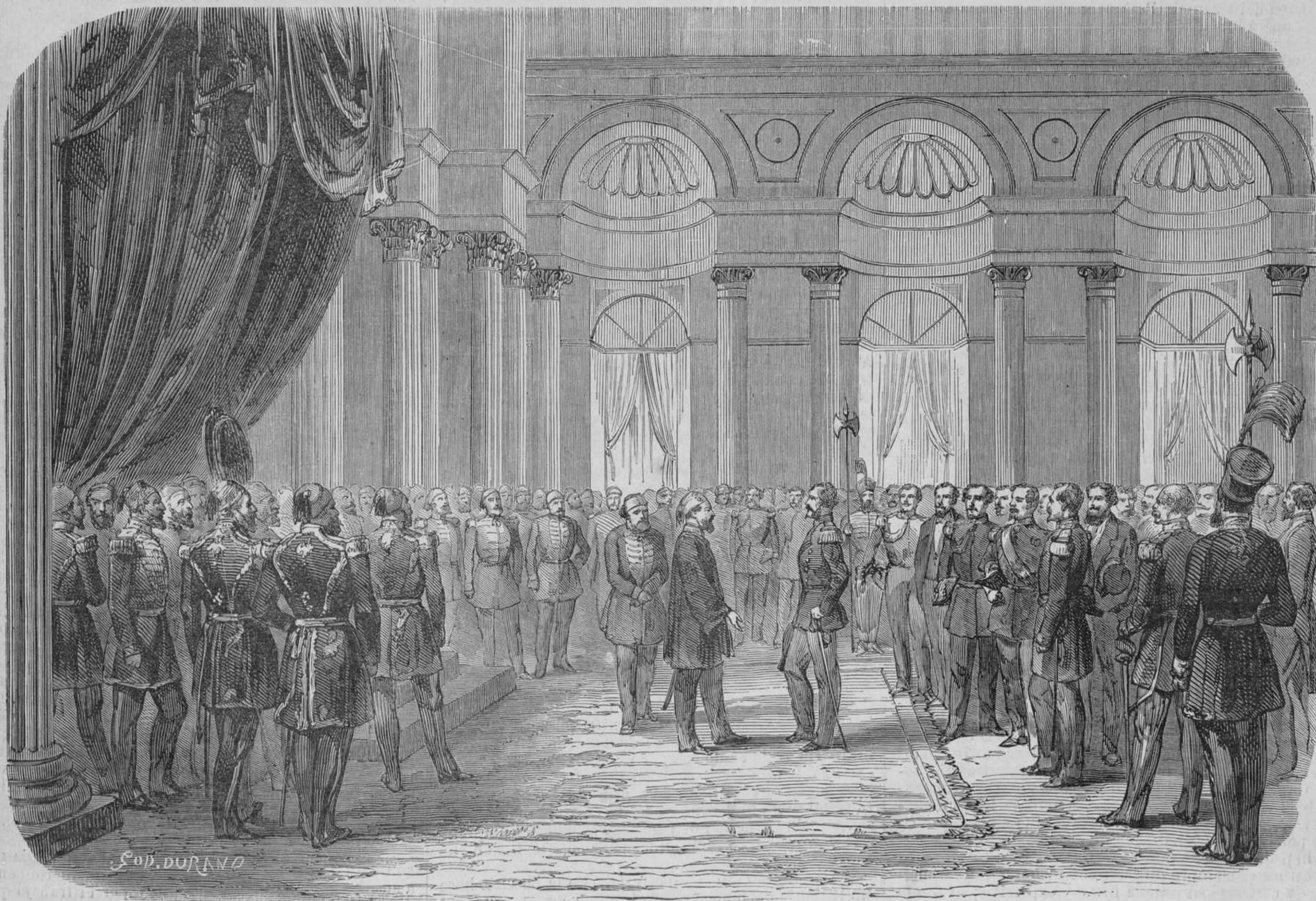
Debían solicitar una audiencia del gran visir y esperar cinco dias antes de que el sultan se dignase informarse de su presencia y permitirles que se prosternaran ante su augusta persona. Ellos iban al palacio con el fez turco como súbditos del padichah; tenían que detenerse en el *mabein*, palacio exterior y cambiar sus salamaleks con la alta servidumbre de la córte. Por fin les admitian en el salon del trono. El sultan sentado recibia sus humildes saludos sin contestar á ellos, y sus protestas de afecto sin darles las gracias. Por toda recompensa el sultan hacia una señal á su visir, y este anunciaba á los príncipes cristianos, que el padichah en su generosidad, les hacia el insigne favor de elevarlos á la categoria de bajás turcos, y que les permitia besar « el noble polvo del estribo imperial. » ¡Y los hospodares se inclinaban hasta el suelo para poner sus labios en la bota del sultan!

Otras cosas se han visto en el dia. La Puerta ha comprendido que el príncipe Alejandro Juan, elegido por cinco millones de almas, tenia derecho á distintos honores que los que acordaba á sus predecesores, que nombraba ó hacia nombrar á su antojo. El príncipe ha sido recibido con una distincion inusitada; y se le dió por residencia uno de los mejores palacios del sultan.

El sábado 6 de octubre, dia de su llegada, era felicitado en nombre del sultan por el primer chambelan de S. M., y en nombre de la Puerta por Safvet-Effendi, ministro de Negocios Extranjeros. En la mañana siguiente era recibido en palacio y admitido á presencia del sultan con toda su comitiva. S. M. en pié delante del trono, con su



S. A. S ALEJANDRO JUAN 1º, PRINCIPE REINANTE DE LOS PRINCIPADOS UNIDOS DE MOLDAVIA Y DE VALAQUIA.



RECEPCION DEL PRINCIPE ALEJANDRO JUAN EN LA SUBLIME PUERTA.

traje de ceremonia, el manto imperial con cuello de brillantes y el Medjidié de diamantes, se adelantó al encuentro del príncipe y respondió á sus saludos. Al discurso pronunciado por S. A., el sultan contestó con mucha afabilidad. Segun el uso seguido en las audiencias solemnes, las respuestas del sultan que comprende y habla fácilmente el francés, eran traducidas del turco al francés, no por el primer intérprete de la Puerta, sino por el caimakan del gran visir, Aali bajá en persona. El lenguaje digno y cortés del príncipe produjo la mejor impresion en S. M., quien cerró la audiencia manifestando á S. A. el deseo de verle á menudo durante su permanencia en Constantinopla. Al mismo tiempo el sultan reiteró á sus ministros la órden de que se diera al príncipe la hospitalidad mas ostentosa.

Despues de haber sido acompañado por Aali bajá y Safvet-Effendi á un salon donde estaban preparados los *cherbets*, los *tchibugs* y el café, el príncipe salió del palacio de Dolma-Bagiché como habia entrado, por en medio de una doble fila de oficiales de la casa imperial, y de tropas que presentaban las armas y estaban escalonadas hasta el muelle.

Su Alteza llevaba el uniforme de general de division de infantería, y el sombrero de plumas blancas de comandante en jefe.

Uno de nuestros dibujos representa la escena que acabamos de contar; y otro figura la llegada del príncipe Alejandro Juan á la Sublime Puerta que se verificó al otro dia de la audiencia imperial. Todos los ministros estaban presentes para recibir á S. A.; una muchedumbre considerable habia acudido á presenciar el paso del cortejo; la comitiva del príncipe ocupaba doce coches del palacio; y dos generales á caballo iban á las portezuelas del primer carruaje escoltado tambien por diez oficiales de hermoso aspecto. Las demostraciones massimpáticas acogieron á S. A. sobre todo en el trayecto de Jali Keuchk á la Sublime Puerta.

El lunes uno de los altos funcionarios del palacio llevaba al príncipe un sable magnífico adornado de brillantes que S. M. regalaba á S. A. « en recuerdo de su viaje á Constantinopla, » con las insignias de la órden del Medjidié de primera clase. Al otro dia el príncipe fué á dar las gracias al sultan, acompañado de algunos oficiales; pero esta vez S. M. no recibió mas que á S. A. y al representante de los Principados unidos el señor Nagy. El sultan habló dos horas con ellos en buen francés; les enseñó sus habitaciones y muchos objetos de arte, regalados por diversos soberanos de Europa, y les dijo que visitaran los jardines y vieran correr las fuentes. El príncipe se retiró encantado con la afabilidad del sultan.

El sábado hubo funcion en el teatro del palacio, y el príncipe tomó asiento en el palco imperial al lado del sultan. Toda la corte estaba presente. La compañía italiana del teatro de Pera representó *Vittore Pisani*, una ópera que dicen tiene fama en Italia.

Las relaciones personales del príncipe con el sultan se terminaron con una audiencia solemne de despedida, cuyo ceremonial fué el mismo que el de la audiencia de recepcion.

El príncipe Alejandro Juan ha visitado además al cuerpo diplomático y á los altos funcionarios otomanos. El dia de su desembarco recibió las felicitaciones de los diferentes jefes de mision por medio de los secretarios de las embajadas y las legaciones. S. A. quiso hacer la primera visita á los representantes de las seis potencias que prepararon con la Turquía la nueva organizacion de los Principados unidos. Estas visitas hechas de gran uniforme fueron devueltas á S. A. con la misma solemnidad.

Varias fiestas muy brillantes han sido dadas en honor del príncipe: una comida por sir Henry Bulwer, embajador de Inglaterra; un baile por el marqués de Lavalette, embajador de Francia y otras comidas por el ministro de Rusia, por el caimakan del gran visir y por el ministro de Negocios Extranjeros de la Sublime Puerta. Su Alteza ha hecho muchas obras caritativas durante su estancia en Constantinopla.

Por fin el miércoles 17 el príncipe se embarcó en el *Balkan* y llegó el viernes á Galatz. Los oficiales y las tripulaciones del *Beyruth*, del *Taurus* y del *Balkan* han recibido preciosos recuerdos de S. A.

El viaje del príncipe ha producido por todas partes el mejor efecto.

Terminaremos con algunos apuntes biográficos.

El príncipe Alejandro Juan nació en Galatz, y tiene en el dia treinta y nueve años. Pertenece á una de las familias mas antiguas de boyardos de Moldavia; su padre fué ministro varias veces.

El príncipe se crió en Italia y estudió en un colegio de Paris, completando su instruccion en los cursos de la escuela de Derecho y de la Sorbona. Cuando regresó á Moldavia entró en el ejército. Mas tarde se distinguió en un empleo administrativo, la prefectura de Galatz, que es el gobierno mas importante y difícil del pais. Entrando de nuevo en las filas alcanzó el grado de coronel, y luego fué nombrado ministro de la Guerra y comandante en jefe del ejército. Diputado al Divan *ad hoc*, votó por la union de los Principados. En 1838 tomó parte en el movimiento unionista que se manifestaba enérgicamente; y el 17 de enero de 1839 en Moldavia, y el 5 de febrero en Valaquia fué elegido príncipe por unanimidad.

El príncipe es de una estatura bastante elevada; su apostura es siempre militar; sus maneras muy sencillas y corteses; su mirada firme y expresiva; su frente indica un carácter resuelto y pensador.

Además de la lengua de su pais, habla griego, alemán, francés é italiano. Su lenguaje es incisivo y su palabra se anima en alto grado cuando se trata de las simpatías de los gobiernos europeos por los Principados unidos. En estos dos años de prueba de una constitucion muy complicada, el príncipe ha demostrado mucha lealtad, generosidad y prudencia, valiéndose de los hombres de mérito de todas opiniones. Por último, el príncipe es muy querido en el pais y corresponde á los sentimientos de los rumanos con un celo que puede inspirar la mayor confianza para el porvenir de los Principados unidos.

A. B.

UNA HISTORIA INGLESA.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

Llegados al extremo de la meseta, tomamos un camino de atajo que nos llevó en un instante á la casa de las Rosas.

Esta preciosa habitacion merecia el nombre que la habian dado; yo nunca he visto tal abundancia de rosas. Reunidas en grupos espesos, exhalaban el mas suave perfume, algunas llegaban hasta el interior de las ventanas, y otras subian hasta el tejado.

La casa tenia dos puertas en la fachada, una orlada por un jazmin de España, y otra por una enredadera; pero á primera vista no se distinguian mas que rosas por todas partes.

— ¿Cómo estais, mistress Tod? preguntó John á una señora de unos treinta y cinco años que apareció en el umbral de la puerta de la derecha.

— Bien, y vos tambien, ¿no es cierto? Ya veis que los niños no os han olvidado.

— Tanto mejor, dijo John acariciando á dos ó tres cabecitas rubias; y luego levantando al mas pequeño le hizo saltar en sus brazos.

Parecíame muy singular ver á John con un niño en los brazos.

— No metas mucho ruido, dijo la buena señora al postillon; pues, añadió volviéndose hácia mi amigo, el pobre señor ha empeorado mucho.

— Lo siento; si lo hubiéramos sabido, no habríamos venido en coche hasta la puerta. ¿Dónde está su cuarto?

Mistress Tod nos señaló una ventana situada á la izquierda de la casa. Una mano bajaba lentamente la cortina. No hicimos mas que entrever esa mano; pero mas me pareció de mujer que de hombre.

John lo dijo tambien cuando estuvimos instalados en nuestro cuarto.

— Sin duda es su esposa, exclamó; ¡pobre criatura! ¡qué cosa tan terrible estar dentro de un cuarto con un tiempo tan hermoso!

En efecto, aquella ventana cerrada contrastaba penosamente con el aire fresco y embalsamado del campo con la puesta del sol y los rosales de la casa.

Despues del té me tendí en un sofá. John apoyado de codos en la ventana miraba el paisaje. Unos capullos de rosas que parecian querer adelantarse hácia adentro como curiosos de lo que pasaba, le acariciaban suavemente la megilla.

— ¿Qué os parece Enderly? me preguntó al fin.

Precioso á la verdad; y estamos casi tan bien como en casa.

— A mí me parece que estoy en mi casa, dijo John como hablando consigo mismo. Apenas puedo creer, repuso mas alto, que haya venido aquí una sola vez... todo me parece tan familiar. Al contrario, se me figura conocer perfectamente esa cuesta que se extiende delante de la casa con sus retamas sombrías... y ese bosquecillo allá abajo... y esa altura á la derecha.... Ahora apenas se distingue; pero durante el dia se disfruta desde allí de una vista magnífica, y allá abajo donde el camino penetra bajo aquellos castaños corpulentos, está el valle mas precioso que en mi vida he visto. ¡Oh! ¡qué buenos ratos hemos de pasar aquí, Phineas!

— Sí, le respondí; ¿cómo no decirle si aun cuando hubiera pensado otra cosa?

Me quedé en el sofá hasta por la noche, y luego me retiré á mi cuarto.

Un instante despues le oí salir de la casa y dirigirse hácia la meseta. El silencio de aquella soledad me permitió distinguir durante algunos minutos el ruido de sus pasos por el camino pedregoso. Iba siltando uno de sus aires favoritos; luego ya nada ví y me dormí tranquilamente.

X.

— Está visto que Mrs. Tod es una mujer extraordinaria; sí, lo repito, una mujer extraordinaria, exclamó John apoyándose en la mesa de donde la mujer extraordinaria acababa de recoger el almuerzo.

— ¿Y porqué?

— Tiene la casa llena de niños, y sin embargo, no sé cómo se las gobierna, que no se siente ruido ninguno. Siempre está de buen humor. No puedo comprender semejante paciencia en las personas que tienen que lidiar con criaturas.

— John, todo eso es hipocresía. ¿No te he visto hace un instante haciendo trotar al mayor de los chicos sobre un asno rebelde, lo que te hacia reír á carcajadas?

— Sí, exclamó un poco confuso; era solo para impedir que metiera ruido debajo de las ventanas. Y esto me hace pensar en otra buena cualidad de Mrs. Tod, que sabe encadenar su lengua.

— ¿Cómo pues?

— En los dos dias que hace que estamos aquí, no nos ha dado el menor detalle sobre nuestros vecinos de la otra parte de la casa de las Rosas.

— ¡Ah! ¿Deseas saber algo?

John convino alegremente en que tenia cierta curiosidad.

— ¿Y qué interés te pueden inspirar ese anciano señor ó esa anciana señora?

— Phineas, tenéis la mala costumbre de llegar inmediatamente á las conclusiones. Puesto que nada tenemos que hacer aquí, ¿qué importa que nos interese en nuestros vecinos? ¿Qué diriais, añadió con aire misterioso, si os descubriera que la persona en cuestion no es una anciana?

— ¿Quién? ¿La mujer del viejo?

— ¡La mujer! Otra vez á las conclusiones. Quedémonos en la duda sobre este punto y la llamaremos... la persona del vestido gris... si os parece. Ahora bien, he vuelto á ver el susodicho vestido.

— ¿Dónde y cuándo?

— Esta mañana temprano; me he paseado por la altura quedándome detrás á cierta distancia, pues he pensado que no la gustaria que la observara ó la siguiera. Andaba muy de prisa y llevaba un cestito, creo que con huevos.

— ¡Excelente esposa!

— Otra... os repito que tengo dudas sobre este punto; andaba mucho mas ligera y mucho mas alegremente que una mujer cuando tiene á su marido enfermo.

No pude menos de reirme de las ideas que se formaba John acerca de los deberes conyugales.

— Además, repuso, Mrs. Tod llama siempre al enfermo el anciano, y nunca dice: la anciana señora.

— A veces un jóven se casa con una vieja.

— Sí; pero siempre es un mal casamiento. Yo repito que no la creo casada.

— ¿Y cómo puedes saberlo? ¿La has visto el rostro?

— No, contestó con un aire casi indignado. No iria yo á correr detrás de una señora como un colegial que persigue á una mariposa, y esto por el simple placer de verla de cara. Me he quedado en la altura hasta que entró en la casa.

— Sin duda fué á buscar huevos frescos para ella... quiero decir, para que almorzara el anciano... ¡Cuán buena es!

— Burlaos cuanto gustéis, Phineas; pero yo, en efecto, la creo buena. La he visto detenerse dos veces; primero para hablar á una anciana que estaba recogiendo leña, y despues para reñir á un muchacho que estaba maltratando á un borrico.

— ¿La has oido?

— No, pero al pasar cerca del muchacho observé en su cara que le habia regañado.

— Entonces no es jóven, ya puedes estar seguro de ello. Las mujeres jóvenes y bonitas no regañan nunca.

— Pues no tengo tal seguridad, contestó John con aire pensativo. Prefiero no hacerme ilusiones sobre este punto. La perfeccion es imposible; mas vale representarse á la jóven tal como es en realidad; buena y mala á la vez.

— ¡La jóven!... ¡quieres decir la jóven divinidad!...

— No; menos estoy aun por las divinidades; seria poco agradable casarse con un ángel de perfeccion y descubrir despues que ese ángel no es mas que... Mrs. ..

— Halifax, añadió.

Y se echó á reír y se sonrojó ligeramente.

— Preciso es que tengamos poco de qué hablar para estar charlando sobre tales locuras. ¿Qué es lo que ha dado lugar á ello?

— Tu amiga, la del vestido de seda gris...

— Está entendido; dejemos el asunto. Tengo que ir á Norton-Bury... ¡qué buen dia para pasear á caballo!

Se levantó alegremente, y llevándose mi sillón hácia la ventana, á fin de que disfrutara de aquella vista, añadió:

— ¿Deseais otros libros? Dareis un paseo antes de comer; no os abandonéis al aburrimiento.

John me instaló cómodamente; hicimos el programa del empleo de las horas de aquel dia no sin reirnos mucho, pues éramos los jóvenes mas alegres del mundo, cuando nos lo permitian la responsabilidad y los deberes de nuestra posicion, como decia John sonriendo.

— Mrs. Tod es quien podria hablar de responsabilidad, exclamé yo, con todos sus huéspedes, su marido y no sé cuántas criaturas... ¡Ah! mira el chico que viene por allí...

— Es Jack... ya estaba seguro de que le sucederia alguna desgracia con el borrico... ¡Eh! no es nada, levántate.

Pero al ver que el accidente era mas serio de lo que se habia creído, se lanzó como una flecha por la ventana, y un instante despues le vi llevando en brazos al pobre Jack que iba chorreando sangre de una herida que se habia hecho en la frente.

— No os asustéis, mistress Tod; no ha sido nada.... Jack, no grites tanto... espantas á tu madre.

En cuanto la buena mujer conoció que no habia razon para alarmarse, lo que hizo fué reñir fuertemente á su hijo por su atolondramiento y por el trabajo que daba á M. Halifax.

— No hay quien pueda con él, añadió; hace tres me-

ses el mismo día que llegó M. March se puso á incomodar al caballo que le dió un par de coces y le dejó el brazo estropeado; pero no hay cuidado que escarmiente.

— Un poco de paciencia, repuso John que acababa de llevar al pequeñuelo á la cocina, situada en el centro de la casa, y que ayudaba á la madre indignada á poner vendas sobre la herida; un poco de paciencia y perdónadle por esta vez.

— Si le perdono es por vos.

— Gracias, caballero, dijo Jack lloriqueando; sois un gentleman, pero M. March no lo es; dijo que hacian bien en castigarme porque habia incomodado á su caballo.

— Calla, exclamó la madre, pues se acababa de levantar el picaporte de la otra puerta de la cocina y una señora aparecia en el umbral.

— Mistress Tod, mi padre dice...

Se detuvo viendo gente extraña.

Al sonido de aquella voz agradable, aunque un poco breve y resuelta, John y yo nos volvimos involuntariamente, y luego nos quedamos un tanto confusos, no sabiendo si debiamos salir de la cocina.

La jóven nos sacó muy luego de nuestra incertidumbre.

— Mistress Tod, mi padre tomará su sopa á las once; os acordareis ¿no es verdad?

— Sí, miss March.

Y en seguida miss March cerró la puerta y desapareció.

Llevaba un vestido de seda gris. Yo eché una mirada á John, pero él no la notó; sus ojos se habian quedado clavados sobre la puerta, allí donde aquella imagen se habia aparecido á nosotros un momento...

Este momento bastó para que quedara grabada en mi memoria.

Era una jóven bastante alta, de talle elegante, pero que nada tenia de la gracia frágil de una sílfide. Tenia el cutis moreno, el cabello castaño oscuro, y en el conjunto de sus facciones ese matiz vivo que presta un hechizo suave y tierno al mismo tiempo que da cierta energía al semblante femenino. Era lo que se llama una mujer. De ángel no tenia nada. No se podia decir que fuera hermosa y mucho menos bonita; pero habia en su derredor como una atmósfera de frescura, de juventud y de vida, que se podia comparar con una brisa de primavera.

En cuanto á su traje, se componia como he dicho ya, de un vestido de seda gris del corte mas sencillo, guarnecido en el cuello y en las bocamangas de una piel blanca que hacia resaltar con ventajas la extremada finura de su cutis.

— Es miss March, nos dijo la dueña de la casa cuando la jóven se hubo retirado.

— ¡Ah! exclamó John apartando al fin sus miradas de aquella puerta cerrada.

— Y es muy juiciosa para una jóven de diez y siete años; mas razonable y amable que su padre, que se está quejando siempre. ¡Pobre señor!... sin duda padece mucho; pero es demasiado duro para su hija..... ¿no es verdad?

— Sí, respondió John cuyo laconismo era muy singular.

John se quedó en la cocina hasta que concluyeron de vendar la frente del herido, y aun despues que el muchacho hubo recobrado sus sentidos y su alegría ordinaria. Me ví obligado á recordarle que estábamos en la cocina de Mrs. Tod.

— Vámonos pues, me respondió; mistress Tod, pienso que nuestra presencia no ha incomodado á... esa jóven señorita.

— ¡La jóven señorita! ¡Ah! no la conoceis... Es la jóven mas amable que hay en el mundo; viene á menudo á la cocina como acabais de venir vosotros, lo que me gustará que se repita, añadió haciendo una reverencia. Cuando duerme M. March suele venir á sentarse aquí durante media hora; habla con todos y conmigo y juega con el pequeñuelo.

Aquí el niño en cuestion se puso á chillar tan fuerte desde el fondo de su cuna en un rincon de la cocina, que nosotros tocamos retirada.

— Al fin hemos descubierto á la del vestido gris, amigo mio, dije yo á John; es jóven, pero no se puede llamar una hermosura.

— Nunca he dicho yo que fuera hermosa.

— Sin embargo, es agradable; me la represento andando deprisa por el cerro con su cestillo de huevos en la mano, hablando con la vieja y riñendo al chico.

— No os burleis de ella, Phineas; debe llevar una existencia bien triste con su padre.

Y viendo que tomaba la cosa tan seriamente, cesé de bromear.

— Pero ahora que me acuerdo, ¿no te ha chocado el nombre del padre? ¿Seria por acaso aquel M. March que sacaste del Saverne hace cinco años? ¡Qué coincidencia!

— ¡Qué locura! exclamó John de mal humor.

Pero al punto recobró su afabilidad y se despidió de mí amistosamente.

— Cuidaos, amigo mio, añadió; ya será muy de noche cuando yo haya regresado de Norton Bury.

Le miré montar á caballo. Bajó lentamente la cuesta, se volvió una vez á mirar á la casa y luego desapareció entre los árboles.

¡Qué bien estaba á caballo!

Yo á mi vez miré á la ventana de M. March, y distinguí una mano (me pareció ver tambien la piel blanca) que bajaba la cortina, y me pregunté sonriendo si

miss March habia seguido con los ojos á John Halifax.

Todo el día estuve en la sala, donde de tiempo en tiempo entraba Mrs. Tod á interrumpir la monotonía de mi soledad.

Me trataba como si fuera su hijo, aunque con menos deferencia que la que mostraba á John.

El sol estaba ya detrás de los altos álamos que se elevaban á la orilla de nuestro pequeño desierto. Esos árboles (que eran cuatro) servian á la vez de límites á la meseta y al horizonte. Por la mañana los primeros rayos del sol bañaban sus elevadas copas, y los últimos resplandores del astro en el ocaso dibujaban distintamente sus formas cuando el crepúsculo estaba muy adelantado. Se hallaban bastante próximos para que pudiera oír yo el ruido de sus hojas cuando hacia viento; pero cuando el tiempo estaba sereno, se alzaban al cielo como majestuosas columnas. Yo tenia cierto cariño á los cuatro álamos; á veces me parecian seres animados.

Las nueve habian dado cuando me pareció oír el trote de la yegua que montaba John. Al punto salí muy alegre de la casa.

John no venia alegre como de costumbre; estaba cansado, y los cuidados de la tenería y de los negocios parecia que le preocupaban profundamente.

— Malos son estos tiempos, exclamó cuando Mrs. Tod nes hubo traído luz y se retiró dándonos cordialmente las buenas noches; no creo justo dejar á vuestro padre todo el peso de los negocios. Tengo que arreglarme para ir á Norton Bury al menos cinco veces por semana. Por otra parte temo que no esteis bien solo.

— ¡Poco disfrutarás de la vida campestre que tanto te gusta!

— No le hace; yo no debo pensar mas que en el trabajo. Sin embargo, aprovecharemos nuestros instantes. ¿Cómo os sentis hoy?

— Muy bien; ¿qué haremos mañana?

— Quisiera enseñaros el cerro tempranito; la vista es hermosísima.

— ¿La vista de la naturaleza nada mas? pregunté maliciosamente.

John se sonrió, pero ví que mi pregunta no le apuraba.

— Comprendo lo que quereis decir; eso lo tenia ya olvidado; al menos no pensaba en ella en este instante. Tomaremos otro camino, pues podriamos parecerla importantes.

En efecto, á la otra mañana á las siete estábamos en la altura.

— No quiero que esteis mucho tiempo con los piés en el rocío, Phineas; venid un poco mas lejos, á mi azotea, como yo la llamo. Mirad ese panorama.

Era soberbio. Un valle se extendia al rededor de la meseta, como el cauce seco de un gran rio convertido por los siglos poco á poco en prados y en terrenos cubiertos de monte. Un pueblecillo todo blanco se hallaba situado en el fondo del valle, y unos veinte caserios dispersados á poca distancia de aquel centro de poblacion, se alzaban en la margen opuesta de aquel rio imaginario. Estrechadas gargantas, sembradas de sombra y de verdura, campos de dorado trigo y espesos montecillos adornaban el paisaje con los colores mas variados, y su punto culminante, Enderly-Hall, formaba el horizonte detrás del cual habia visto yo la víspera la puesta del Sol.

— ¿Os gusta esa vista, Phineas? A mí me agrada muchísimo. Es un verdadero valle inglés, risueño y apacible, que encierra una colonia de retirados donde habita la felicidad doméstica. Noteneis idea de lo que es el carácter primitivo de sus habitantes. Son los descendientes de una antigua colonia de tejedores flamencos que continúan el oficio tradicional. Allá, en el fondo del valle y detrás de las hayas, se eleva una inmensa fábrica de paño, el gran recurso de toda la comarca.

— Buena ocasion para el estudio, John... Y á propósito, ¿dónde está aquel telarcito de tejedor que te mandaste hacer en otro tiempo?

— Le conservo todavía... Esa fábrica de paños es magnífica; pero su dueño es un hombre rutinario á quien asusta el progreso moderno... sí... pero olvido que no os gusta la mecánica.

— Continúa, explícate claramente, y trataré de comprender.

Gracias á nuestra buena voluntad recíproca logró darme una idea exacta de su sueño industrial. Es verdad que yo lo olvidaba todo al cabo de diez minutos; pero al cabo y al fin, habia escuchado con interés.

— ¿Te gustaria ser dueño de una gran fábrica?

— Mucho... pero ¿de qué sirve hablar de esto? No siempre puede seguir uná su vocacion; además la profesion nada significa, el todo es el hombre. Soy cortador y quiero cobrar fama. Y ahora que pienso en ello, desearia saber si Mrs. Tod, que habla á cada instante de las personas encopetadas, sabe lo que somos nosotros.

— No lo creo, me figuro que no. John, al menos durante este mes, tratemos de olvidar la tenería.

Yo la detestaba mas que nunca desde que viviamos en aquel apacible retiro.

Me riñó suavemente, pero en el fondo creo que era de mi opinion.

— ¿Quién adivinaria, exclamó, al verme aquí disfrutando de este aire puro y fresco y de esa vista tan hermosa, que ayer todo el día he estado revolviendo pieles de animales recién degollados?... Me sorprende que estas florecillas no se marchiten al tocarlas yo.

— No eres el único en coger flores en la meseta; mira aquella forma que se destaca en el cielo... es ella quizá...

— Ella es, repuso John con aire tan impasible que supuse la habria visto antes que yo.

— ¡Quieres evitarla y el destino la trae!...

— Habrá tomado como nosotros otra direccion, y la casualidad habrá querido que haya elegido el nuestro. Bajemos pues; respetemos su paseo.

Y me arrastró á pesar mio, pues yo estaba muy deseoso de ver de nuevo aquel semblante tan fresco, tan gracioso, tan animado; tanto mas cuanto que me empeñaba en persuadir á John que aquel rostro indicaba en miss March una dignidad y una independencia que delian hacerla nuestro encuentro de todo punto indiferente.

John convino en ello, pero se mantuvo inexorable en su propósito.

El destino ó la casualidad quiso sin embargo que nos encontráramos cerca de la casa frente á frente con miss March. Los dos senderos que habiamos elegido desembocaban en el mismo punto; y el almuerzo nos habia llamado á la misma hora.

Yo tenia razon; nuestra presencia era de todo punto indiferente á miss March; no se sonrojó y ni siquiera bajo los ojos. La mirada que nos echó de paso fué una mirada modesta y escudriñadora... la sonrisa casi imperceptible que se dibujó en sus labios parecia decir que conocia nuestra condicion.

Tenia que pasar por delante de nuestra puerta sobre cuyo umbral estaba Mrs. Tod con su niño. Este le tendió sus bracitos con una gracia infantil irresistible. Miss March se detuvo, tomó al niño en sus brazos y le hizo mil caricias.

La jóven y el niño formaban un bonito cuadro; ella con su capa de capucha caída hácia atrás, dejando entrever su talle gracioso y su cabello castaño reunido en bucles sobre lo alto de la cabeza como era la moda entonces. Al verla así con los ojos brillantes de felicidad, las mejillas frescas y animadas, me pregunté si no la habia juzgado con precipitacion al decir que no era hermosa.

Permaneció un rato delante de nuestra puerta... evidentemente nos habia olvidado... y Mrs. Tod tuvo que suplicarla que nos dejara el paso libre.

Miss March hizo un movimiento de sorpresa y se echó á un lado, cubriéndose con la capucha.

John alzó los ojos á ella como era muy natural; yo apenas podia separar mi vista de aquella estatura encantadora.

John se inclinó; ella nos saludó cortesmente, y entramos.

(Se continuará.)

Las nuevas excavaciones de Ostia.

He estado en Ostia con M. P. Visconti, el superintendente de las excavaciones, M. Schnetz, el director de la Academia de Francia, y M. de Montalant, entendido dibujante á quien se deben los dibujos que acompañan á este artículo.

Dejamos á nuestra derecha la basilica de San Pablo, y á nuestra izquierda los restos del *vicus Alexandrinus*, situado en la confluencia de la via Ardeatina y de la via Ostiense. Pasamos el *vicus Albanus* que sale del lago de Albano y atravesamos un viaducto del sétimo siglo de Roma, y cuyas losas están aun en su puesto.

Estamos á dos pasos de Ostia y la buscamos todavía, sin descubrir otra cosa que un desierto llano donde no hay ni señales de que haya habido hombres. Por fin distinguimos á nuestra izquierda á la distancia de mas de una milla el hermoso pinar de Castel-Fusano, propiedad del príncipe Chigi, y luego un torreón redondo y almenado; es la torre de Ostia. Atravesamos por un puente de tablas mal unidas los pantanos salados que cita Tito Livio como existentes ya cuando se fundó el puente del Tiber, y nos acercamos á la torre que acabo de señalar. Esta torre y un pino muy alto que tiene al lado forman un cuadro melancólico: diríase el último producto de la naturaleza abrigado contra la última obra del hombre en una llanura destrozada por todas las plagas del cielo y de la tierra.

Nos guardamos muy bien de entrar en el recinto de la miserable aldea que lleva el pomposo nombre de Ostia y que apenas cuenta veinte y cuatro casas y cien habitantes, y bajamos al Casino edificado por el gobierno para albergar á los miembros de la Sociedad arqueológica. Este Casino está á un tiro de fusil de la aldea, y ofrece un contraste singular con sus paredes blancas y las antiguas murallas negras que tiene delante.

Uno de los primeros monumentos á la derecha es una pequeña hipogea guarnecida de *ollarii* (nichos con vasijas cinerarias) de travertín, la piedra que mas empleaban los romanos en sus construcciones en la época de los emperadores. Esta hipogea pertenecia á la familia Ovia, como lo indica una inscripcion que se ha hallado en ella, y que segun M. Ch. Visconti es del tiempo de Augusto.

Luego viene un *columbarium* donde se ven aun cinco *olla* en el muro, rotas y sin cenizas. Una inscripcion nos dice que allí reposaban los *ingenui* ó libertos. Uno de los rasgos mas característicos de los antiguos es su respeto por los muertos; los antiguos comprendian la poesía de la muerte lo mismo que la de la vida. Las bóvedas mortuorias eran palomares (*columbaria*) con nichos de donde las almas volaban como palomas á las moradas eternas. Los modernos no se cuidan de sus criados; los antiguos les consagraban una atencion que se extendia hasta mas allá de la existencia, y los enterraban en sepulturas construidas para ellos.

Otro *columbarium* como el anterior se hace notar por un mosaico que representa el rapto de Proserpina. Es sin duda una alusion ingeniosa al dios de la Muerte, que recoge las almas en las regiones subterráneas. La tumba siguiente es una casa con puertas y ventanas guarnecidas aun con sus marcos de travertín. El pavimento de mosaico se divide en dos compartimientos; en el uno se ve una caza de jabalí, y en el otro un largo pórtico cuyos huecos están ocupados alternativamente por un ancla y una proa. M. P. Visconti opina que debe ser una vista de los astilleros de Ostia llamados *navalia*.

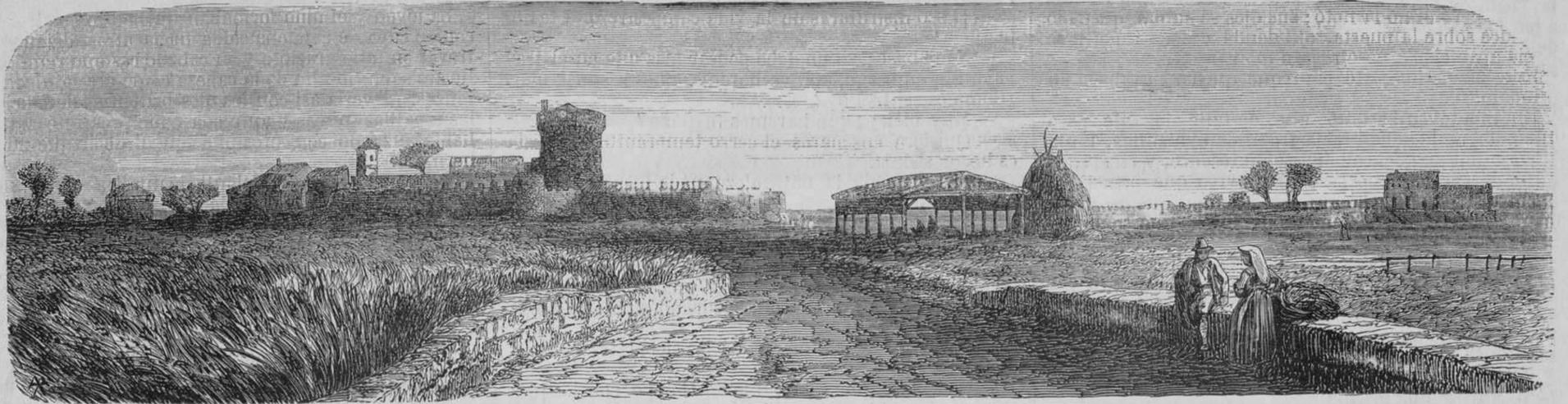
A la izquierda de la via M. Visconti señala a nuestra atención la tumba de Sexto Partenopeo,



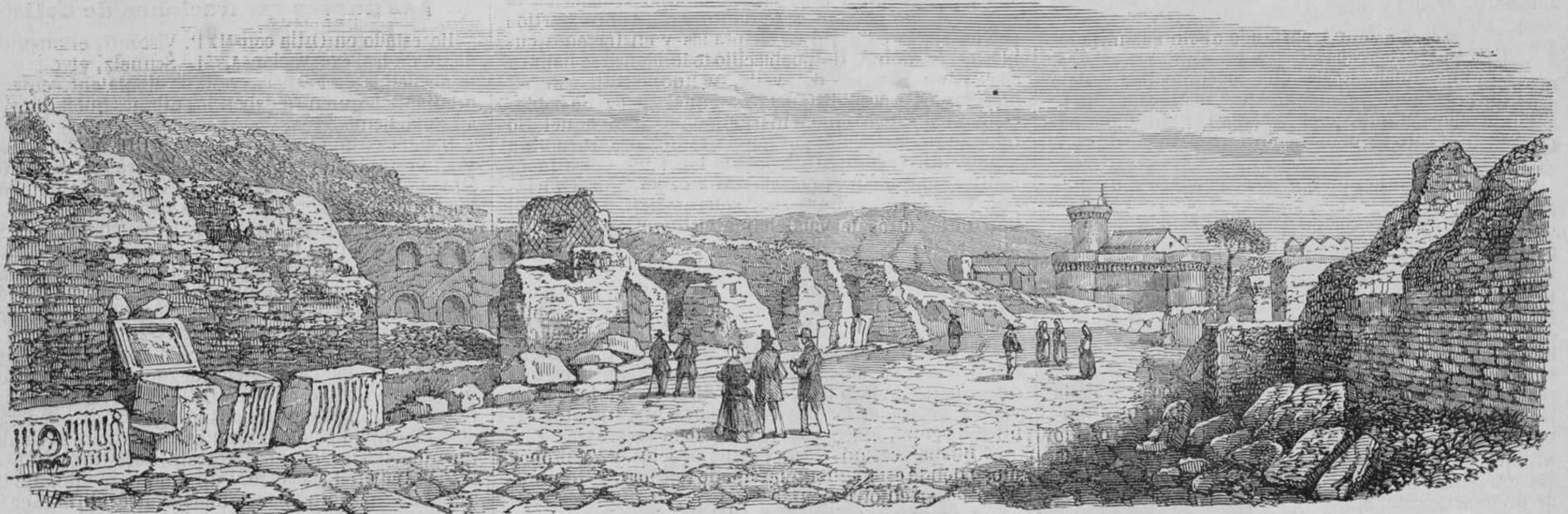
EL CASTILLO DE OSTIA.

que consiste en un enorme sarcófago monolito de mármol blanco sin esculturas. La tapa yacía sobre una capa de restos, lo que prueba que fué arrojado allí en un tiempo en que ya la ciudad de Ostia se hallaba obstruida por las ruinas. Una ancha abertura practicada en la parte posterior del sarcófago atestigua los esfuerzos que debieron hacer para levantar la tapa los autores de la violacion de ese sepulcro.

Dos compartimientos sepulcrales tenían un piso superior como lo indica un resto de escalera. Toda el area de este edificio está repartida en cavidades cuadrangulares destinadas sin duda á contener cadáveres. Se puede inferir de esta circunstancia que no es anterior al tercer siglo



OSTIA MODERNA.

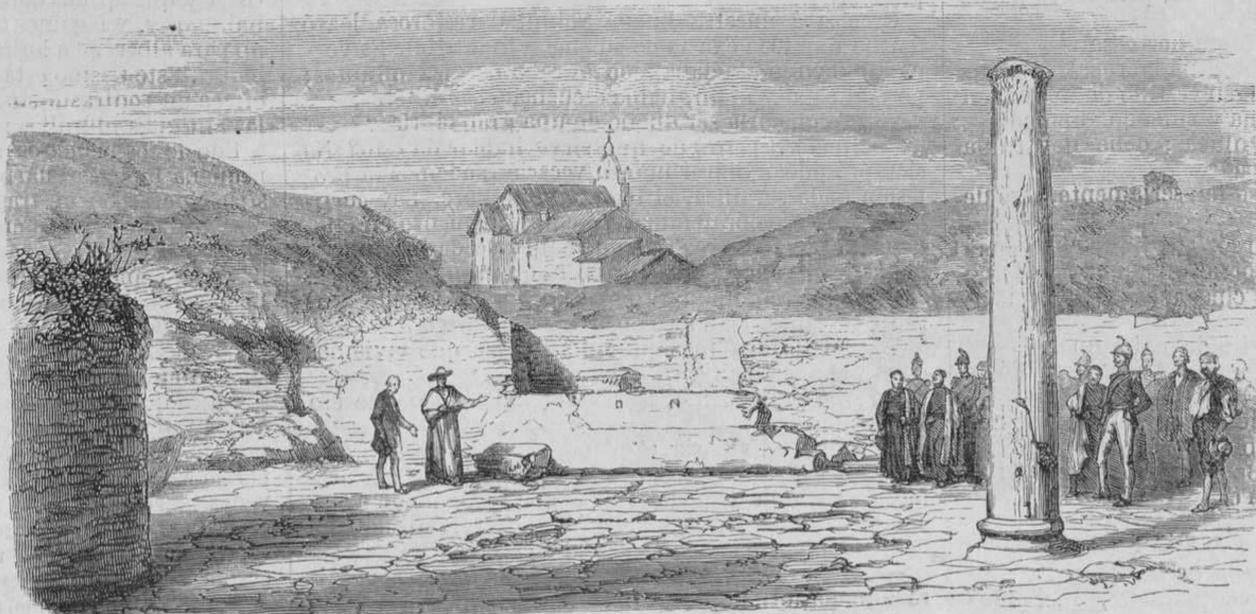


OSTIA ANTIGUA : LA CALLE DE LOS SEPULCROS.

de nuestra era, pues por ese tiempo los romanos renunciaron definitivamente al uso de quemar los muertos.

Hémos aquí en la *puerta Romana*. A la izquierda tenemos un pozo que se atribuye al papa Gregorio IV que rodeó la ciudad de una nueva muralla; y luego se ve una construcción cuadrilátera que parece ser una tumba de la mas alta antigüedad, quizá del tiempo de los reyes.

A la derecha observamos el plano de una habitación dividida en varios compartimientos. Era el cuerpo de guardia, situado como en Pompeya delante de la puerta de la ciudad. La mayor de las piezas que



VISITA DE S. S. EL PAPA A LAS EXCAVACIONES DE OSTIA.

servía de sala comun contiene una *tabula lusoria*, es decir, una piedra sobre la cual jugaban los soldados á los dados. De los bajos relieves que adornaban exteriormente este edificio, solo dos que representan dos trabajos de Hércules han sido respetados por el tiempo.

Dejamos la ciudad de los muertos para entrar en la de los vivos. Pero ¡ay! esta se halla tan muda, tan desierta como la otra, pues la destrucción es la ley universal, y cuando han pasado dos mil años por una población, ¿se puede establecer una diferencia entre una casa y una tumba? Y los templos y los palacios sur-

tuosos reducidos á polvo, ¿no son un testimonio tan elocuente de nuestra nada como las mismas tumbas?

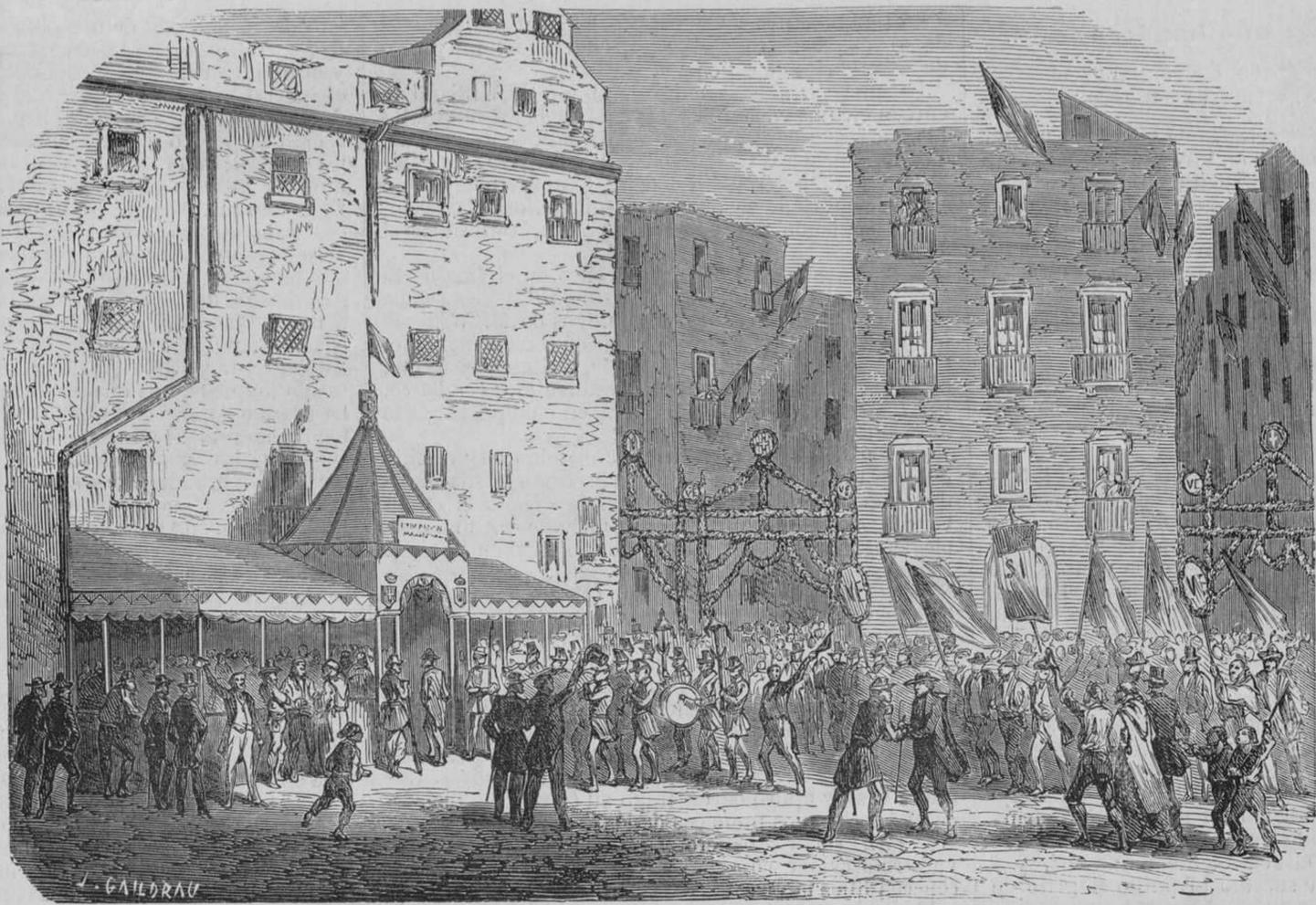
De la puerta Romana no queda mas que el umbral de travertín y las bases de los pilares.

Estamos en una plaza; detengámonos. — A nuestra vista se abre una calle con casas medio desenterradas, y detrás de las cuales aparecen aun los escombros de la ciudad, como dos hileras de colinas paralelas.

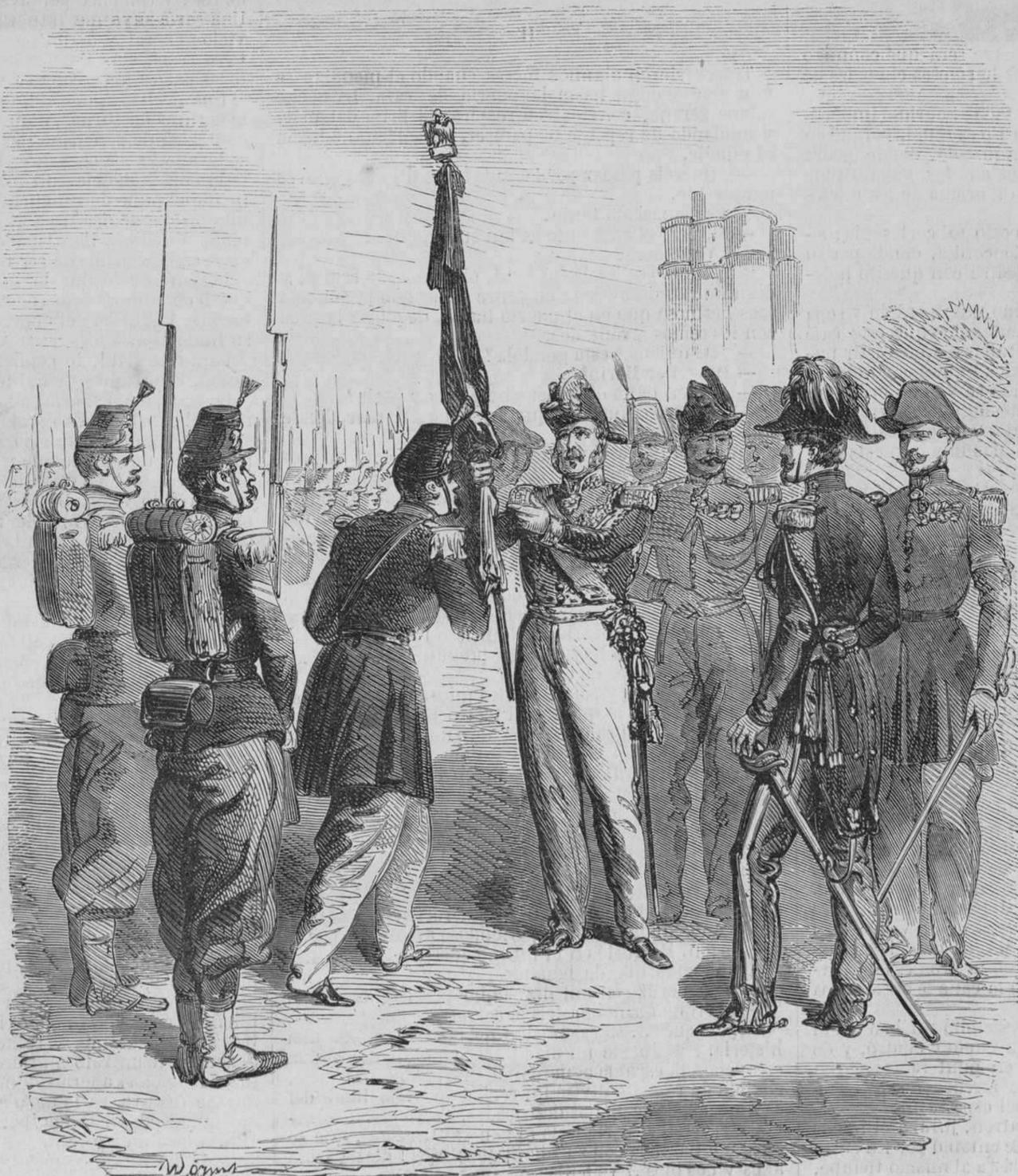
A nuestra derecha tenemos primeramente una columna de granito erigida en 1858 por M. Visconti, en conmemoracion de la visita de Pio IX á las excavaciones de Ostia; mas lejos, una fuente que seria fácil de restaurar, pues toda la lábrica se encuentra allí aun; detrás de la fuente unas cuevas cubiertas de verdura con algun ganado, y por último la pequeña iglesia de San Sebastian, sola en el desierto pedado que se extiende hasta el mar. Nos paseamos por el antiguo pavimento; yo bajo á los sepulcros, visito algunas casas, subo á los montones de escombros y examino su composicion, que es una mezcla singular de fragmentos de ladrillos, de mármol, alabastro, cristal y alfarería; no hay un resto que no haya pertenecido á una estatua, á un miembro de arquitectura, á un utensilio cualquiera; pero el tiempo todo lo ha destrozado y confundido.

Mirando hácia el Levante disfrutamos de una vista soberbia, dominamos toda la via de las tumbas, terminada por el castillo de Ostia y por su pino secular y característico; mas allá la campiña romana con sus ondulaciones de terreno, en una de las cuales se oculta Roma con todas sus maravillas; por último, en lontananza, las colinas de la Sabina de un azul dorado, donde brilla aquí y acullá algun punto blanco: Tivoli, Frascati, Albano. Estas risueñas colinas son volcanes apagados, y toda la campiña romana hasta Ostia está cubierta con su lava.

M. de Montalant ha dibujado esta preciosa vista. Acabamos de admirar la parte mas pintoresca de las nuevas excavaciones; ahora nos queda que ver la parte mas interesante, es decir, las termas, descubiertas en un sitio que llaman *torre Boracciona*, y que marca el límite donde cesaba en otro tiempo la tierra y empezaba el mar. Hoy el mar se encuentra á mas de siete kilómetros, por causa del levantamiento del terreno que ha producido la retirada de las aguas. En ese sitio estaban los principales



HABITANTES DE NAPOLES DIRIGIENDOSE A VOTAR Á LOS COMICIOS EL 21 DE OCTUBRE DE 1860.



ENTREGA DE UNA BANDERA AL REGIMIENTO FRANCÉS N.º 103, COMPUESTO DE SOLDADOS PROCEDENTES DE LA BRIGADA DE SABOYA

Céres. Luego vieron un mosaico con figuras negras sobre fondo blanco; los tubos de plomo, las pilas de los baños no dejaron duda ninguna sobre el destino de este edificio, y M. Visconti no vaciló en identificarle con las *termæ maritimæ*, cuya fundacion atribuye Capitolino á Antonino el Piadoso. Dos inscripciones relativas á estas termas se conocian hacia tiempo y estaban publicadas.

Visitamos el *apodytherium* ó vestuario; la *piscina* ó sala de natacion; el *tepidarium* ó baño tibio, y otra pieza que se pudiera llamar un *hipocausto* ó baño caliente. Los mosaicos del pavimento representan monstruos marinos ó atletas; pero el mas hermoso de todos los mosaicos es el del gran salon central, que imita las alfombras alejandrinas con tal perfeccion, que se cree

ver uno de esos tejidos maravillosos. Una de las estatuas del *tepidarium* tiene señales de colores en los ropajes; encarnado en el manto de encima y azul en la túnica. Es una nueva prueba de que los antiguos pintaban sus estatuas. Volvamos y encontraremos al inspector de las excavaciones, quien nos dice que se acaba de descubrir un ídolo egipcio y los cimientos de un templo.

Nos trasportamos á los lugares y nos enseñan una figura de basalto cubierta de geroglíficos y que representa un personaje de rodillas con una ofrenda destinada á alguna divinidad. Observaré de paso que el uso de arrodillarse es egipcio y oriental; ni los griegos ni los romanos lo practicaban, pues habrian creído degradarse tomando esa actitud servil.

Pasamos al templo. Un bajo relieve donde se ve un guerrero degollando un toro nos anuncia que tenemos á la vista un santuario dedicado á Mitra. De modo que tenemos dos monumentos consagrados á cultos extranjeros, y que atestiguan la variedad de las naciones que frecuentaban Ostia. Las obras de excavacion se continúan, y se van descubriendo muchos trozos de columnas de mármol blanco que componian el pórtico.

Allí permaneceriamos con gusto hasta que concluyeran de descubrir ese curioso edificio; pero es tarde, se va á poner el sol, y los trabajadores tienen deseos de suspender su faena. Nos volvemos pues á nuestro rústico carruaje y tomamos el camino de Roma con la satisfaccion de haber empleado muy bien algunas horas.

Dies albo signanda lapillo.

L. D.

Entrega de una bandera

AL REGIMIENTO FRANCÉS Nº 103, COMPUESTO DE SOLDADOS PROCEDENTES DE LA BRIGADA DE SABOYA.

El domingo último el mariscal que manda el primer cuerpo de ejército ha pasado en Vincennes una revista que presentaba un interés particular. Un nuevo regimiento, el 103 de línea, admitido recientemente en el ejército francés (se compone de los soldados de la brigada de Saboya), aparecía por primera vez sobre las armas, después de haber completado su organización al lado de los demás regimientos, á fin de recibir su bandera. Esta circunstancia explica sin duda el crecido número de espectadores y de curiosos que había acudido al polígono de Vincennes para asistir á esta solemnidad militar.

Los tres batallones del 103 de línea, formados en batalla, presentaban un frente que ocupaba un espacio considerable.

Estos soldados vestían el nuevo uniforme de la infantería francesa. Con el pantalón ancho, las polainas amarillas y los botines blancos, este uniforme, ligero como el de los cazadores de la guardia imperial, es mucho más gracioso que el del pantalón estrecho y largo, que ya solo se lleva provisionalmente en el ejército francés. El nuevo regimiento presentaba una línea de batalla magnífica y tenía una actitud militar sobre las armas.

Cuando el mariscal desembocando en la llanura se presentó á la cabeza de su estado mayor, escoltado por un peloton de cazadores de caballería en cuyo centro ondeaba la bandera del 103 de línea, oficiales y soldados experimentaron una fuerte impresión; pero el momento capital fué aquel en que dijo el mariscal terminando su proclama:

«Soldados, ¿juráis no abandonar nunca vuestra bandera y dejaros matar antes que rendirla?» — «Lo juramos,» exclamó todo el regimiento á una voz, y á este juramento solemne sucedió al punto el grito de: *viva el emperador!*

DORIA.

EL DELITO Y EL CASTIGO.

I.

Con su permiso ó sin él, fuerza será que conmigo venga el lector á una de las más hermosas ciudades de Italia.

Esta merced le será recompensada al curioso impertinente ó pertinente, que para el caso es igual, porque en cambio le llevaré de paseo á Aquasola, donde podrá distraer sus ocios riéndose de los *dandys*, galanteando hermosas mujeres y aspirando el aroma de los mirtos y de las acacias.

Además no se contentará con esto mi cortesanía; sino que le llevaré al café de la Concordia, donde por su dinero podrá descansar y refrescarse con quesito helado y sorbetes.

Para que no ande el lector como niño perdido y sepa donde va á hospedarse, tenga entendido que este café es una de las más elegantes tertulias á que asistir pudiera. Aparte de la régia suntuosidad que por do quiera reina: oro, mármol y esculturas se ven en ordenada profusión distribuidas, formando singular contraste en el jardín rústico granados, naranjos y limoneros, á cuya sombra entona dulcísimas armonías una orquesta italiana, con lo cual está dicho todo.

Es ya media noche cuando de este café salimos. Yo como guía marché delante, y detrás mis lectores á respetuosa distancia.

En la primer calle de árboles tropiezo con un mendigo que me corta el paso: veinte y seis años á lo más tendría esta figura mal encarada, con bigotes á la borjoña y cubierto de andrajos.

— Por san Andrés, mi amo, exclamó el mendigo, ¿quiere Su Excelencia darme una limosna?

Le puse en la mano algunos bayoccos y al punto me contestó:

— Mi patron san Andrés os proteja.

Apenas me había alejado algunos pasos le oí repetir una, dos y tres veces la misma súplica dirigida á cuantos por allí cruzaban, poniendo siempre por su intercesor á san Andrés.

Esta escena se estuvo representando varios días sin que ocurriera cosa de particular; pero hé aquí que una tarde ofrece el mendigo su mercancía favorita, la protección de su patrono, en pago de una limosna á M. Williard, comerciante establecido en la *Via novissima*. Este en vez de socorrerle envió al infierno á nuestro genovés, quien inmediatamente se propuso vengar tan grave injuria, llenándole por el pronto de epítetos injuriosos, dando fin á la letanía con la promesa de matarle, como á perro rabioso, si en la calle le encontraba á media noche.

Picado el inglés en lo vivo, sacudió un bofetón al italiano. Este le devolvió á buena cuenta cuatro, y de bofetón en bofetón, de puntera en puntera, armaron tal zambra, que la gente de los alrededores hubo de acudir llamada por la novedad del espectáculo.

Invocaba el mendigo á su patron, juraba el inglés como un jornalero de Londres. Se entabló por fin entre ellos una lucha tan terrible y curiosa al mismo tiempo, que duró algunos minutos. Nadie se atrevió á separar

á los combatientes, y los municipales seguían durmiendo en sus garitas de vigilancia, cuidándose muy poco de las reyertas de callejuela.

Por una extraña casualidad, el pié de Williard se enredó en una cadenilla y cayó al suelo sobre una tabla que sostenía el aparador de un fabricante en loza. Tablas, cadenas y vasijas rodaron por tierra, los campeones se detuvieron al estrepito, y aprovechando tan propicia ocasión, se arrojaron sobre ellos los espectadores, poniendo paz entre dos ruines, como dice el adagio.

El inglés solo tenía algunos girones en el fraque. El genovés se había quedado casi desnudo. El suelo estaba sembrado de sus harapos. Los amigos de M. Williard le condujeron á casa y yo me quedé con el mendigo.

— El cielo condene á su señoría, gritaba con rabia, cerrando los puños y apretando los dientes. *¡Per Bacco, per Dio santo!* si os llegó á coger, en cualquiera parte os saco las tripas con el cuchillo.

Así exclamaba el pordiosero llamando en su auxilio uno por uno á todos los santos de la corte celestial, prometiéndoles rosarios y ayunos si le ayudaban en su venganza, pidiendo al Señor que ahogase con una apoplejía al inglés, y por epílogo de tan extraña plegaria añadió:

— Ilustre patron san Andrés, colgaré mi puñal al lado de vuestra efigie, venderé vuestra imagen por las calles, y si sus señorías no la quieren comprar de buen grado, les obligaré por fuerza á tomarla.

Con objeto de calmar su ira, entré en el café con el cuidado genovés, pedí un helado y se le ofreció. Sus ojos brillaron con fiera alegría, me tomó la mano para besarla, elogió mi nobleza y excelentes cualidades, recomendándome eficazmente á su patron san Andrés. Cogió el vaso y apuró de un trago su contenido, diciéndome con los ojos preñados de lágrimas:

— ¡Ah! señor caballero, ¿qué es esto? Nunca bebí vuestro servidor cosa tan buena. ¡Que la Madona os conceda hijos tan caritativos como vos!

Llevando más lejos lo que él llamaba mi generosidad, al ver yo que sobre su cuerpo no tenía más que harapos, me compadecí y le puse en la mano algunas monedas. El ejemplo fué tan fielmente seguido por los tertulios del café, que el mendigo se felicitaba de haber sido tratado tan villanamente por el inglés y saltaba de contento como un niño, declarando que en su vida había tenido día tan afortunado.

II.

Trascurrieron algunos meses cuando el mendigo se vino siguiéndome hasta la puerta de casa. La noche estaba serena, convidaba á respirar la brisa del mar, y mudando de repente de parecer, me encaminé hácia el muelle.

— ¿Queréis pasear por la rada? me dijo el genovés agradecido.

— Es demasiado tarde.

— Sí, pero el ambiente es tan suave, que...

— ¿Y gondola?

El mendigo se adelantó á mí, oía ruido de remos, y dos minutos después le encontré atracado la gondola más hermosa que en el puerto había, de pié en la proa con los remos levantados.

— ¿De quién es esta gondola?

— Del señor Marini.

— ¿Quién te ha dado derecho para ocuparla?

— El mismo, un día que le saqué del mar donde hube de arrojarle.

Salté á la barca sin dilación, convencido por la profunda lógica del genovés. A las dos remaduras nos habíamos separado doscientos pasos de la ribera, entonces el bogador moderó sus ímpetus, y como todo italiano tiene siempre la lengua expedita, comenzó á referirme sus aventuras.

Se llamaba Marco Andrés Doria; su abuelo había sido senador de la república de Génova, y su bisabuelo el célebre Andrés Doria, poderoso aliado al principio y luego temible adversario de Francisco I de Francia.

— Pero ¿qué ¿no hay aun, le pregunté, Dorias ricos y bien acomodados en Génova?

— Sí, contestó, y son parientes míos. El otro día, el señor Andrés Doria que iba al teatro me dió para que le llevara hasta el salón de descanso un magnífico abrigo. Le advertí que era mi tío y me regaló diez libras. En la boda de un Doria enlazada con un extranjero, recibí seis libras por gritar á la puerta de la iglesia «viva la desposada,» y arrojar algunas flores á sus piés.

Tanto abatimiento me admiraba; jamás creí que el descendiente de un héroe pudiese tener tan mezquino corazón.

— Yo, continuó, era joven á la muerte de mi padre, capitán de carabineros del rey de Cerdeña, el cual fué también mendigo en Pisa, viéndose arruinado por la revolución. Me alisté en el mismo cuerpo, batí en Lázari una cuadrilla de bandidos, y por tal acción me dieron esta cruz con mil libras que perdí en el juego.

— ¿Porqué abandonásteis la carrera de las armas?

— ¿Porqué?... Mi separación del ejército es toda una historia. Paseábame un día al azar en el monte con la escopeta á la espalda aguardando que pasara un conejo, cuando de repente divisé un coche de viaje fuera del camino con los caballos desbocados. Corro en su auxilio. La carretela pertenecía al general Graciani, que se dirigía á Cagliari con su hija. ¡Querá mujer! diez y ocho años y dos ojos... Yo tenía una fuerza de Hércules, merced á ella entré en camino recto el vehículo y los via-

jeros se despidieron de mí colmándome de bendiciones. El general prometió trabajar para que me ascendieran, y la hija me dejó tomar su mano y me hizo desear una dicha casi imposible. Quedé solo con el corazón oprimido y el alma desgarrada. Al instante recordé mi precaria situación; yo soldado, simple soldado; hija ella de un general; ¡ella rica y yo pobre!... Las lágrimas saltaron de mis ojos por primera vez en la vida. Sentí un vacío extraño. Maldije de mi pobreza y de la hora en que había salvado á los viajeros... Lloraba y lloraba... pero de pronto recobré la perdida esperanza, pensando que no sería deshonoroso para el general Graciani unir su hija á un descendiente de los Dorias.

Deserté del ejército. A los cuatro días estaba en la isla de Cagliari. El primero ví á Libia en la ventana. Estaba triste y pensativa. Una inspiración secreta me reveló lo que pasaba en su corazón. Enloquecí de gozo. La isla me pareció encantadora; florestas, ríos, fuentes, todo me sonreía. La imagen de Libia se me aparecía en sueños riente y seductora: mi pecho palpitaba, me creí el más grande de los hombres.

Libia correspondía á mi amor.

Una noche, su ventana se abrió saliendo mi amada á respirar la brisa del mar. Sabía mi nombre y mi pasión; pero una flor de su tocado cayó al pié del balcón, bajo del cual estaba yo contemplándola.

Héla aquí, marchita ya: hace cinco años que la llevo conmigo. Gracias á Dios, el maldito inglés no me la arrebató en la pelea. ¡Oh! semejante picardía no se la hubiéramos perdonado mi patron san Andrés y yo. Pero sigamos la historia.

Apenas cogí la rosa llevándola á los labios, un pistoletazo me tendió al pié del muro junto á un naranjo. Este disparo me indicó que el general se oponía á nuestro amor y nos espiaba.

Libia arrojó un grito de espanto y desapareció.

La risa sarcástica del general llegó á mis oídos. Nadie vino á socorrerme. La bala me había roto una pierna y sentía horribles dolores. Una pobre viuda anciana me recogió, cuidándome con la mayor asiduidad durante un mes. ¡Cuán largo se me hizo! y eso que le empleaba en preparar mi venganza.

Tenía sed de sangre, pero cuando reflexionaba que era padre de Libia, la rabia me oprimía la garganta. Este obstáculo invencible me impedía vengarme, convirtiéndome en el más desgraciado de los amantes.

Tan pronto como mi curación adelantó un poco, salí de casa y comencé por averiguar el paradero de Libia. Una carta suya me tranquilizó algun tanto acerca del viejo general y de mi porvenir. La contesté, pero no tuve respuesta. Carecía de libertad para escribir: por todas partes la cercaba su vigilante padre.

Una noche, la más á propósito por su oscuridad para aventuras nocturnas, emprendí el camino de Cataja, y disfrazado de peregrino llegué á la colina cercana donde se levantaba la casa de campo del general. Mi corazón latía con violencia, mi mano acariciaba alternativamente el puño de un cuchillo catalán y la culata de una pistola de dos tiros. No llevaba intención de acometer á nadie... Iba armado tan solo para defenderme, en el caso probable de ser nuevamente acometido.

Después de recibir la herida, un caballero joven á quien de nombre solo conocía, frecuentaba, según informes, la quinta del general Graciani, galanteando á su linda hija.

Para este rival, lo confieso, no sentía piedad en mi pecho. Estaba dispuesto si le encontraba á...

Le encontré. Esto causó la desgracia de Libia, del general, del noble y rico pretendiente y la mía.

Salté como un tigre las cercas del parque, me aseguré con una mirada de que ninguno me veía, de que mi pistola estaba bien cargada y en el cinto mi puñal. Oí música á lo lejos. Una barcarola acompañada por el piano me trasportó al cielo. Seguí escuchando con atención un momento. ¿Será Libia, me decía á mí mismo, quien hace sonar las cuerdas del piano? Su tono melancólico... ella era sin duda.

— Toca una pieza mas alegre, dijo el general á quien reconocí por el metal de voz, canta la romanza que ayer te trajo este caballero.

Un frío glacial corrió por mis venas. Sentí luego que me hervía la sangre, pero me contuve y proseguí escuchando.

Libia tocó la pieza con un aire más melancólico aun, porque las cosas alegres entristecen más al alma que sufre, que las que por sí mismas son melancólicas.

El general suplicó al caballero que acompañase á su hija.

Brunivaldo, que así se llamaba el pretendiente, cantó. Cada palabra suya me abría una herida en el corazón, haciéndome sufrir el más cruel de los suplicios.

Quise contenerme... pero los celos me otusaron. Abrí la puerta con estrépito y me lancé en medio de la habitación.

Al llegar á este punto de su historia el genovés enmudecía, quedó bastante pálido y con los ojos llenos de lágrimas, me dijo temblando:

— No me preguntéis más pormenores, los remordimientos me agobian. Me es imposible recordarlos. Básteos saber que Libia vive hoy en un convento, que el general y Brunivaldo murieron, que yo he sido preso y juzgado, que si ahora soy libre para andar por las calles de Génova, se lo debo á la influencia de mi familia, quien prefirió tener por pariente á un pordiosero antes que á un ahorcado.

Libia me perdonó; pero no podía casarse con el asesino de su padre, y en la soledad se ha desposado con Dios.

Guardó silencio el mendigo y llegamos de vuelta al muelle. La noche serena arrojaba sobre nosotros brisas de poesía y de amor, y los tibios rayos de la luna nos herían el rostro.

— ¿Porqué, le dije a Doria, eres mendigo más bien que pintor ó comerciante? Estas profesiones son más honrosas y lucrativas.

— Es cierto. Mas habeis olvidado que un Doria no debe trabajar. ¿Querriais que deshonrase la estirpe de mi familia? Además... además...

— ¿Qué?

— Soy pordiosero, porque fui asesino. Mi patrón san Andrés lo manda, y yo ¡voto á Baco! yo soy el más fiel devoto del santo.

Abordamos á tierra, dejé unas cuantas monedas á Doria, llegué á mi casa, y antes de acostarme escribí la historietita que acaba de distraer tu atención, lector amado, demostrando que no hay crimen sin castigo.

BRUNO DEL BARCO.

Un baile.

(Conclusión.)

Todo en mi país se hace al revés; decía yo después del baile: los trastos que debían estar en la despensa y comedor están en la sala de recibo; lo mismo los que debían estar en la iglesia ó oratorio. ¡Un Santo Cristo en baile es la anomalía más atroz! Los trajes de entrecasa ó el *deshabillé*, se escogen para una reunión nocturna: las capas que deberían usar las señoras en la calle para precaverse del frío, se usan como adorno en una sala de baile y en el teatro; las niñas se quitan los guantes para bailar y se los ponen para comer; finalmente, la música que debería estar en una plaza de armas, á la cabeza de un ejército tocando piezas marciales, está en una tertulia, en un corredor estrecho, en una casa pequeña, atronando á los danzantes y al mundo entero. Es verdad que esta música estruendosa favorece á los amantes, y es para ellos más suave que el arrullo de la mansa brisa en la floresta, porque al amparo de su ruido tremendo pueden hablar libremente sin ser oídos, como pudieran hacerlo al pie de la cascada del Tequendama; pero para el que no está enamorado, para el que llegó ya á los cuarenta, para el enfermo de la vejez, para el que vela en la casa contigua, sería más agradable una tempestad, que al fin y al cabo cede de su furor.

Al oír el redoble del tambor, que indicaba que se iba á romper el fuego de taconazos y brincos en el primer vals, todos aquellos corazoncitos que se ocultaban bajo las cotillas y *corsés* comenzaron á saltar con más ó menos precipitación; y si aquellos pechos se hubieran vuelto transparentes en tal instante, cualquiera hubiera creído estar viendo los martinetes de un piano que suben y bajan con velocidad; pudiendo muy bien compararse á los bajos ó graves, que suben rara vez, los corazones de las señoras mayores que allí estaban. Esto no quiere decir que á algunas señoras de edad no les palpite también el *cucharon* cuando oyen el redoblante... No por ellas... por sus hijas; el pavo que comió la hija se le indigesta á la madre: el pecado que comete una muchacha con ser fea ó con no tener *oreja* para el baile, se extiende á la madre, y su castigo recae sobre ella. Esta no es injusticia de la sociedad, sino de la naturaleza.

Comenzaron pues los corazones á bailar *capuchinada* y *valenciana* y *polka*, como los títeres de octava, y los cachacos á atravesarse, á darse encontrón, á ponerse los guantes, á levantarse el pelo que les cae por las narices, á echar carreritas menuditas. — Señorita, ¿tiene Vd. pareja? — Señorita, ¿tendrá Vd. la bondad de bailar este vals conmigo? — Señorita, ¿está Vd. citada? — Señorita, ¿está Vd. comprometida? — Señorita, ¿se acuerda Vd. de su promesa? — Señorita, si Vd. me hiciera el favor... — Señorita, si Vd. tuviera la bondad... Este es el momento solemne, la crisis que tal vez decide de la suerte de una joven en todo el resto de la noche; porque es muy raro que la que se queda sentada en la primera pieza no coma pavo hasta el fin, si es que tiene paciencia para aguardarse á ver el fin. Este es el momento de las sonrisas, de las miradas cambiadas, de los ojos abiertos, de los pescuezos estirados, de los colores idos y venidos, de los sustos, de las congojas, de las tribulaciones, de los temores, de las esperanzas; porque este redoble y este registro por *mi bemol* producen el mismo efecto que la llamada de cazadores, y el *toque de atención* cuando el enemigo está enfrente y se va á entrar en batalla. Razon tienen las mujeres cuando dicen que nosotros los hombres no sabemos lo que es ser mujer, ni tenemos idea de lo que ellas sufren y padecen. Razon les sobra cuando dicen que la mujer es más infeliz que el hombre, y arman sobre esto disputas y peloterías y escándalos, y hacen gavilla contra un pobre que tuvo la imprudencia de aventurar la contraria opinión, y le manotean, y hasta le citan libros. La razon les arrastra cuando dicen que darían cuanto poseen en este mundo por tener calzones (con trabillas, se entienden), y por montar cuando les diese la gana, y bailar, y salir de noche y entrar á los cafés, y al teatro, y visitar, y quien sabe cuántas cosas más. Sí, señor; pero dejémoslas á ellas con su esclavitud y sus laldas, y quedémonos nosotros con nuestros calzones y nuestra li-

bertad! cada uno como Dios lo hizo, y vamos á sacar pareja, que ya se enfria el vals y se cansan los músicos.

Yo que siempre me quedo á los rezagos, por moderación ó por simpleza como dirían otros, me acerqué á una joven de 27 que se había quedado recostada sobre el brazo de un sofá, haciendo lámina, y la apostrofé en los términos acostumbrados: aceptó, se puso en pie, y comenzó á dar vueltas conmigo de un modo no muy desagradable. Se conoce (dije para mí, que á ella no se lo hubiera dicho), se conoce que esta pertenece á la generación que declina, y que se ha criado con el vals *del país* y educado con la *capuchinada*; si fuera alguna saltona de quince, seguro está que se conformara con bailar despacio, como nosotros los del tiempo de Colombia. El vals duró diez minutos... ¡qué diez minutos, Dios mío! diez siglos de purgatorio (confianza en Dios), nos van á valer á todos los que bailamos aquel anárquico vals. Una pareja tumbaba cuanto encontraba por delante: otra tiraba coces como los muletos cuando salen del corral, y al infeliz que cogían con el tacon le dejaban un cardenal más grande y más colorado que el cardenal Lambruschini: otra se llevaba de un resbalon media sala y seis muchachos; porque en medio de aquel tumulto había cuatro ó cinco parejas de arte menor, que servían como cuñas en los huecos que dejaban los grandes, ó como el cascajo en los empedrados, y que brincaban como quienes eran. Aquí que no peco, decían estas abreviaturas ó apoyaturas humanas, estos pedazos de gente que deberían estar durmiendo en vez de estar bailando, y brinca que brinca, que no había más que ver; y aunque las patitas de estos danzantes microscópicos no fuesen tan grandes ni pesadas como las de cualquiera animal que baila, no dejaban por eso de hacer todo el daño que podían, lo mismo que los coditos que nos andaban hurgando á todos por las corvas, pues se ponían la mano en la cintura. ¡Que bailen los muchachos entre los viejos! decía yo; ¡pero qué tiene de extraño, si esos viejos se vuelven muchachos! ¡si brincan como potros! ¡si bailan *capuchinada*!... En los bailes distinguidos, decía yo, en los bailes de Buena sociedad está proscrito ese resbalon indecente y de mal gusto, y una señorita bien educada no baila ya de esa manera.

En fin, se acabó el vals. Un rumor general se extendió por la sala, proveniente de las galanterías, agradecimientos y contestaciones de las respectivas parejas. Cuál era el hombre más feliz, cuál había pasado el rato más agradable de su vida, cuál esperaba tener el gusto de volver á bailar con la que conducía á su asiento: en seguida los hombres se reunían en corro en el centro de la sala, como los soldados para hacer el rancho en campaña, más animados, más decididos, más espirituales; mientras que las señoritas volvían á reunirse y apiñarse en los sofás como las ovejas, que buscan siempre á las de su especie. En estos bailes no sucede como en los de buen tono, en que los jóvenes, finos, galantes y bien educados como son, se acercan á las señoritas, se sientan junto á ellas, conversan de cosas indiferentes, en voz alta ó inteligible, las llevan de brazo de un lado á otro, las ofrecen lo que puedan necesitar; y ellas los reciben con afabilidad, con semblante risueño, pero sin coquetería responden á sus preguntas; hablan con ellos amistosamente, y nadie condena semejante conducta, como que ella es inocente. Pero en estos bailes, no señor; se va por bailar, y nada más que por bailar, por conversar en el baile, por el placer brutal de brincar, estropearse la figura y entrar en calor; no se va á buscar los placeres de la sociedad, los goces de la civilización; se va á beber branli, se va á ostentar una educación poco culta y poco esmerada, y á hacer alarde de una ordinareiz inaguantable.

En este primer entreacto tuve ocasión de examinar despacio las varias figuras masculinas que se presentaban en aquella farsa, así como en los entreactos del teatro se pone uno á mirar las fantásticas figuras del telon, después que ya sabe de memoria las de los palcos. La mayor parte de aquellos sacerdotes de Terpsicore eran jóvenes imberbes que no pasaban de los veinte, y viejos que por sus modales y su figura á cualquiera se la metían de que también eran jóvenes, siendo así que pasaban de los cuarenta, que muchos de ellos eran casados, y que algunos tenían hijas que estaban bailando.

Nuevo motivo para adherirse á la opinion de las mujeres acerca de su infelicidad.

Los vestidos que llevaban eran tan variados y caprichosos como sus dueños. La mayor parte iban de frac negro ó azul, pero no faltaban algunos verdes, morados, etc.; y tampoco faltaba una ú otra levita, uno ú otro *paleto* que también bailaban contradanza. Uno llevaba chaleco blanco, otro lo llevaba negro, otro colorado, otro verde, otro de cien colores: este de seda, aquel de lana, el de acá de marsella, el de allá de terciopelo: cual recto, cual de solapa, cual á la Luis XV. Otro tanto sucedía en el ramo de corbatas. Los guantes eran un *assortiment complet*: veíanse blancos (aunque pocos), amarillos, acanelados, ¡negros! Sí, señor, guantes negros en un baile... en donde hay trajes blancos, encajes y cintas delicadas que se manchan; en cuanto á la calidad, veíanse también de *mouton*, de ante, de hilo de Esecocia, de lana, de seda, etc. Qué calzado llevaban, no hay que preguntar; bota fuerte, por supuesto, la mayor parte sin barnizar, y con unos tacones que más parecían zuecos.

El segundo acto fué de contradanza. Después del redoble de ordenanza, que es como si dijéramos, el primer pito, comenzaron á tocar la *puñalada*, y puedo

asegurar que me cosieron á puñaladas aquellos malditos clarinetes y aquella infernal trompa que estaba medio punto más alta, y aquel flautín que era un término medio entre los clarinetes y la trompa; en cuanto al redoblante lo único que puedo decir es, que aunque yo jamás he padecido *tucutucu*, ni lo permitá Dios, aquella noche supe lo que era tal enfermedad, pues parecía que tenía en el estómago una fábrica de tejidos ó un molino de agua.

Al rrrrr del tambor los soldados que estaban descansando corrieron á formarse y alinearse en la mitad de la sala; pero es el caso que todos querían ser los primeros y estar á la cabeza de la compañía; y para conseguirlo atropellaban cuanto encontraban por delante, pisaban, codeaban, y alegaban por supuesto como pudieran hacerlo en el patio de un colegio. — Yo estaba aquí. — No, señor, que era yo. — Que Fernando me seguía. — Yo estaba arriba de Fernando. — Yo era segunda pareja. — Yo era tercera. — No, señor, que era yo. — No hay tal, que á mí me había cedido el puesto García... A todo esto, en la cabeza se había armado otra disputa entre un joven que en todos los bailes quería poner todas las contradanzas, y la echaba de un bailarín consumado, así como de un espadachín temible; y un casado que tenía pretensiones de soltero y se creía un Adonis, y á todo trance quería poner la primera contradanza con Julia y lucirse haciendo mil piruetas con los pies. Estas disputas ocasionaron gritos, palabras descompuestas, amenazas, y por último un desafío para después de la contradanza. ¡Bravo! dije yo; el código de los bailes de Bogotá es el código más liberal, porque cada uno hace en ellos lo que le da la gana. Por fortuna yo me disponía á ver los toros desde lejos, pues aunque me había acercado á una niña de traje acanelado, para citarla, creyendo que no tenía pareja, me contestó ella con mucho desenfado: « voy á bailar con mi primo Antoñito; » ¡hola! exclamé para mis adentros, ¡con que esta baila con sus primos! y bailaré con sus hermanos, por supuesto. ¡Qué tiene esto de extraño! ¿No conozco yo maridos que bailan con sus mujeres, hijas que bailan con sus padres? Don Atanásio nunca baila sino con su querida mitad, como él dice: don Frutos no baila sino con sus dos chicas. En fin, me resigné á comer pavo, porque ya otras jóvenes á quienes me había dirigido me habían dicho: tengo pareja hasta para la sexta contradanza. — ¿Y para los vals? — Tengo hasta para el octavo.

Muy bien. Me senté junto á una mamá, á quien todos venían á preguntar: ¿porqué no baila Vd.?... ¡Infeliz mujer! ¡qué había de responder!... Porque no me sacan, ó porque soy vieja... Los que hacen semejantes preguntas son bárbaros que no saben lo que hacen; á una mujer jamás se la pregunta porqué no baila; se la saca á bailar.

Me instalé pues junto á mi mamá (es decir, no era mía), y tijeretazo por aquí, tijeretazo por allá, nos dimos forma de pasar el rato, departiendo en sabrosa plática y haciendo un corte de mangas á cada prójimo que pasaba por delante de nosotros. ¡Qué lengua tan brava, Virgen Santísima! yo mismo tenía miedo de aquella mamá, que donde clavaba la sin hueso levantaba ampolla.

Al cabo de una hora mortal y un cuarto, concluyó la dichosa contradanza, verdadera *contra danza*, que con todas las reglas del buen gusto, se componía de figuras tan arrevesadas y difíciles, que á la segunda vuelta ya todas las señoras estaban despeinadas, los broches reventados, las jaretas flojas; á una se le torcía un brazo, á la otra se le caía una peineta, á otra se le enredaban los rizos con los botones de las casacas, á otra le zafaban el zapato con los tacones. ¡Cuándo se bailarían contradanzas sencillas y elegantes! decía yo... ¡Cuándo dejarán de obligar á una joven á que pase su linda cara por debajo del sobaco de un hombre, y que este se vea precisado á tocar cosas que no debiera tocar!

Después del segundo intermedio vino la primera copa, y en seguida otras dos, y acto continuo otra docena; todo esto en la *bodega*, como llaman al comedor los cachacos, ó el lugar donde está el brandi. No hay lugar más delicioso en estos casos que el comedor; allí son los brindis, por allí se atraviesan las niñas de la casa con sus amigas, por allí andan las criadas propias y las ajenas; allí se esplayan los ánimos, se excita el ánimo, se estrechan las amistades, se luce el ingenio.

Acto 3º — Polka por alto, polka por bajo, polka de perfil, polka en escorzo, polka de perspectiva, polka en relieve; polka de bulto, polka romántica, polka clásica, polka de Paquita; polka de Glenard, polka nieblina... El lector perdonará ó más bien agradecerá que no le hable más de polka.

Las once y media serían cuando senti ruido en el corredor de la casa y altercado de voces; acerqueme á ver lo que aquello podía ser; y me dijeron que era un desafío: por lo pronto me acordé del de la contradanza; pero me dijeron que era uno nuevo, originado de una equivocación. En efecto, un joven de los que ya habían matado la culebra con veinte ó treinta *lapos*, estaba hecho una verdadera culebra contra otro de patilla recortada, y el motivo era este. El de las patillas había ido á sacar para la última contradanza á una joven; esta se había comprometido con él, sin acordarse de que ya tenía pareja: llegó la hora, vino el primero, y al tiempo de salir llegó el segundo: ¿qué hacer en este caso? ¿con quién bailar? con el primer citador; así se hizo; pero este era primo de la niña, y el otro creyó que era *cubilete* para deshacerse de él, por lo que para vengar su agravio, resolvió decirle en su cara con la

mayor franqueza : — Señorita, Vd. es una mal criada. — El primo que lo oyó saltó á la arena; trabáronse de palabras, se amenazaron, el desairado se sostuvo en lo dicho, y se citaron para despues de la contradanza. Cuando yo salí al corredor estaban arreglando este negocio; ó por mejor decir, no eran ellos : era... el brandi el que lo arreglaba.

Inmediatamente tomé mi sombrero y mi capa, y sin despedirme de nadie bajé la escalera; porque me aprecio bastante á mí mismo para consentir en ser testigo de semejantes escenas. La puerta estaba cerrada y no podía salir... ¡ Viva la libertad! exclamé: esto se llama buena sociedad, buenas costumbres, amabilidad para festejarlo á uno; beba Vd.: emborráchese Vd.: trasnóchese Vd.: no haga Vd. su gusto, sino el nuestro : enfermese Vd.: muérase Vd... Al fin pareció la llave despues de mil vueltas, y de haberme enseriado yo formalmente y dicho cuatro frescas á mi amigo don Antonio que así me convidaba para encerrarme como á un criminal; y salí renegando de estos bailes, que no son bailes ni tertulias; adonde va tanto jóven sin cultura, tanto viejo sin delicadeza; adonde las casas se convierten en cárceles y los convidados en cubas; donde hay mas niños que gente; donde la señora de la casa se atraviesa cada momento con el niño de pechos que llora, con el mas grandecito que ensucia, con las criadas que apestan; y en fin, adonde no va un hombre racional á divertirse sino á padecer y sufrir.

(De la Guirnalda de Bogotá.)

Revista de tropas en Longchamp.

El día 31 de octubre ha habido una gran revista en el terreno de las carreras de Longchamp, que ha sido interesante por las operaciones de campamento que la han acompañado. Los bivaques se establecieron como en campaña, se encendió lumbre y se tomaron las disposiciones para el rancho. Las tropas se componían de los regimientos 1º, 2º y 3º de granaderos; y de los 1º, 2º y 3º de ligeros; del regimiento de gendarmes, del regimiento de zuaos y del batallón de cazadores de infantería.

El emperador que les mandaba llevaba en su estado mayor al príncipe Napoleon, al ministro de la Guerra, á los mariscales Magnan, Vailant, Niel, Pelissier, Canrobert y Regnaud de Saint Jean de Angely, comandante de la guardia, con cierto número de oficiales rusos, sardos y alemanes.

A la una las tropas levantaron los bivaques y comenzaron un simulacro. Mientras los pontoneros de la guardia echaban un puente sobre el Sena, delante del puente de Suresne, varios ataques sucesivos fueron simulados por la infantería sostenida por los fuegos de la artillería y por las cargas de la caballería.

A las tres tuvo lugar el desfile.



EL EMPERADOR Y EL PRINCIPE IMPERIAL ATRAVESANDO EL CAMPAMENTO DE LA GUARDIA EN LA REVISTA DEL 31 DE OCTUBRE.